



**Taxidermia a un animal mitológico:
Construcción ideológica de la nación urbana y rural en la Colombia del siglo XIX
En los casos de *Manuela* (1858), de Eugenio Díaz Castro y *Dolores* (1867), de Soledad
Acosta de Samper.**

Gabriel Jaime Gallego López

Trabajo de grado presentado para optar al título de Filólogo Hispanista

Asesor:
Doctor Alfredo Laverde Ospina

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Letras: Filología Hispánica
Sede Medellín
2021

Cita	(Gallego, 2021)
Referencia	Gallego López, Gabriel. (2021). <i>Taxidermia a un animal mitológico: Construcción ideológica de la nación urbana y rural en la Colombia del siglo XIX. En los casos de Manuela (1858), de Eugenio Díaz Castro y Dolores (1867), de Soledad Acosta de Samper.</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda

Decano/Director: Edwin Carvajal Córdoba

Jefe departamento: Adriana María Ortiz Correa

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Contenido

Introducción	4
1. Identificando al animal mitológico que somos	6
1.1 El problema de la nación	8
1.2 Hacia una consciencia nacional	11
1.3 El nacionalismo o el nacimiento de la quimera Colombia	15
2. Manuela y Dolores: La cara y la mente de la quimera	22
2.1 Reificación mercantil dentro de las estructuras del sentir: la mente de la quimera....	23
2.2 El favor, nueva manifestación quimérica del cotidiano socio-económico decimonónico	31
2.3 La última extremidad de la quimera: Manuela y Dolores como representación del fracaso nacionalista de la élite.....	35
Conclusiones	49
Bibliografía.....	52

Introducción

Somos colombianos. Ese enunciado contiene significados subyacentes y una cantidad enorme de información sobre la sociedad en la que se vive actualmente. Es usual que la primera impresión al leer o escuchar este enunciado provoque un sentimiento de pertenencia a un lugar, a una construcción del mundo muy particular, a un territorio y a una sociedad que pareciera compartir características de índole cultural, social, económico, etc. No obstante, a partir de dicho enunciado emergen cuestionamientos que definen y cargan de sentido tal afirmación. Las primeras dudas y las más fundamentales saltan a la vista con respecto a la primera afirmación son: ¿qué es Colombia?, ¿qué significa ser colombiano?, y ¿qué lo hace a uno colombiano? Estas dudas no son fáciles de responder, pero las ciencias sociales y humanas han tratado de darles respuesta, o claridad al menos, desde el nacimiento de lo que consideramos como la nación¹ propia o de uno.

La pregunta por la identidad individual y colectiva no es nueva, y ha sido abordada por numerosos académicos de un abanico gigante de disciplinas del humanismo. Pero al adentrarse en esta pregunta desde la labor crítica de la producción literaria de una cultura, que inconscientemente se afirma como propia, habrá que proceder con cautela, puesto que dicha labor académica implica actos de orden político que no siempre van de la mano con la corrección política que domina gran parte del discurso actual en la sociedad.

Precisamente por esto es que se hace necesario alzar la voz desde las aulas y tratar de dar cuenta de las problemáticas históricas y estéticas en las que la crítica literaria está y ha trabajado en relación con el origen de la nación que se asume como inherentemente propia, su desarrollo en términos del pensamiento, y a las estrategias que la literatura ha propuesto no solo para realizar la construcción de una estética y una literatura propias (en relación con América Latina), sino también para efectuar transformaciones que, por medio de la literatura misma, se pueden observar en la visión política, económica, religiosa, filosófica, artística, etc. de los habitantes de una nación. Develar la estructura de nuestra sociedad y nuestra nación es, por decir lo menos, un acto de incorrección, en un país donde colocar una lupa sobre la mayoría de nuestros elementos constitutivos es ‘hundir el dedo en la llaga’. Y así mismo representa un acto de valentía que haya estudiosos de las letras que se atrevan a tocar los cimientos del pensamiento colombiano y traten de ayudar a comprender mejor por qué somos como somos, y por qué escribimos como lo hacemos.

¹ Una breve definición de nación que se ampliará más adelante en el texto es la que propone Benedict Anderson en su texto *Comunidades Imaginadas*: “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1993, p. 5).

Entonces, con cautela, pero con el compromiso político del que, idealmente, debe ser consciente un crítico de la literatura colombiana, comienza este texto que tiene como objetivo general demostrar que en *Manuela* (1858), de Eugenio Díaz Castro, y en *Dolores* (1867), de Soledad Acosta de Samper, es posible dar cuenta de las pretensiones de la élite hegemónica sobre el proyecto nacional y nacionalista colombiano del siglo XIX. Más específicamente, sobre cómo el campo y la ciudad terminan convirtiéndose, ideológicamente, en la fuente de los valores que representan la nación, siendo la ciudad el modelo ilustrado, y el campo el modelo conservador; cómo el modelo económico mercantilista de la segunda mitad del siglo XIX provoca una fractura en la pretensión de una unidad ideológica, en términos de la construcción nacional; y, finalmente, la relación estética desde el realismo que tienen estas dos obras colombianas, como representación de la ideología nacionalista propuesta por aquella élite y la observación de los personajes que se encargan de reproducir dicha ideología dentro de los textos.

Es apenas obvio que, siendo estas dos obras parte de la naciente literatura nacional, la crítica haya colocado su foco en ambas. Por esto, cabe mencionar que existe una cantidad enorme de artículos y tesis que abordan tanto a *Manuela* como a *Dolores* desde distintas perspectivas y campos de estudio. No obstante, existe un número más reducido que abarca la cuestión ideológica y la configuración nacionalista con la mirada de la crítica literaria. En repositorios y bases de datos se encuentran muchos textos académicos que hablan de forma separada sobre ambas novelas, siendo Álvaro Pineda Botero (1988) con su artículo *Albores y postcolonialismo en la novela colombiana: Manuela (1858) de Eugenio Díaz*, un pequeño texto que describe la intencionalidad subtextual dentro de *Manuela* y aborda la transmisión de la ideología nacionalista impulsada por Eugenio Díaz. De la misma forma, encontramos el libro *Eugenio Díaz Castro: Realismo y Socialismo en Manuela Novela Bogotana*, escrito por la Dra. Flor María Rodríguez Arenas (2004). Este texto crítico demuestra las condiciones estéticas que Eugenio Díaz empleó y explica por qué es complejo hablar de *Manuela* como una novela de costumbres y se acerca más hacia el realismo francés de mitad del siglo XIX; asimismo refuerza la postura expresada sobre esta obra, como la representación de la ideología nacionalista neogranadina.

El único texto encontrado que plantea una búsqueda similar a la propuesta en el presente análisis es *El papel de la novela dentro del proceso de formación de la nación colombiana en 1844-1858*, una monografía para optar al título de Profesional en Ciencia Política y Gobierno, realizada por Andrés Felipe Guevara Merino en 2013 para la Universidad del Rosario. En esta monografía

se plantea también a *Manuela* como un dispositivo de transmisión ideológica, pero desde la relación de la novela con la prensa escrita en la Colombia de la primera mitad del siglo XIX.

Así entonces, también podemos apreciar que la crítica ha dirigido su atención de manera vertiginosa hacia la obra de Eugenio Díaz al ser considerada como una de las llamadas novelas fundacionales, y ha relegado a Soledad Acosta de Samper a reflexiones más escuetas, numerosas desde el punto de vista de su papel histórico en la prensa y el papel de la mujer en la literatura, pero alejadas del tema propuesto en esta monografía, sobre todo tratándose de *Dolores*. De esta manera, podemos advertir que este texto es el primero en abordar, desde la comparación, tanto a *Manuela* y *Dolores* como obras literarias dentro de las cuales se transmite una ideología que pretende fundar la nación colombiana y que puede ser explicada desde las dinámicas económicas representadas dentro del arte de la época. Por esta razón y por su cercanía en el tiempo, lo que enmarca el estudio en un periodo de tiempo comprendido entre 1850 a 1870 es que ambas novelas son el objeto de estudio de este ensayo crítico.

Este texto se configura en dos capítulos: el primero explora el contexto histórico del periodo en el que se publican ambas novelas por primera vez; *Manuela* en 1858 y *Dolores* en 1867. Desde este punto de partida se da el análisis de las características históricas fundamentales que influyeron en el desarrollo del pensamiento de la sociedad neogranadina. En el segundo apartado se reflexiona sobre el modelo económico imperante durante este periodo y las consecuencias que se observan en las condiciones de transmisión ideológicas reflejadas al final del apartado, que discute sobre la representación y la reproducción de la ideología nacional y nacionalista presentes en *Manuela* y *Dolores*. Este último segmento presenta también una reflexión estética. Se discute sobre la relación del realismo y la novela fundacional colombiana y las diferencias que permiten emitir un juicio estético objetivo. Este trabajo no pretende hacer un simple recuento histórico, sino revelar las estrategias discursivas y estéticas presentes en las novelas, las cuales posibilitan evidenciar la hipótesis sugerida. El enfoque de este trabajo es estético, político e histórico.

1. Identificando al animal mitológico que somos

Los conflictos políticos e ideológicos que existieron en Colombia (Nueva Granada de acuerdo con ese periodo histórico),² durante la segunda mitad del siglo XIX, se evidencian de forma

² Teniendo en cuenta que para la época se deben diferenciar dos momentos: en 1858 una federalización tímida, apoyada por los conservadores, y en 1867, un golpe de estado a Tomás Cipriano de Mosquera.

clara en *Manuela y Dolores*. Es posible identificar dentro de la narrativa de los personajes, los modelos de pensamiento hegemónicos que la élite neogranadina pretendía instaurar a lo largo y ancho del territorio: el centralismo y la focalización del poder en las grandes urbes, así como una economía basada en la industrialización y la apertura liberal del mercado. Dicha pretensión buscaba forjar la visión política e ideológica de una nación desde su origen. Sin embargo, vemos que dicha constitución de la nación no se lleva a cabo satisfactoriamente, lo cual implica que la visión política e ideológica cambie dentro del territorio nacional y que estas concepciones sean diferentes en el campo y la ciudad colombianos durante el periodo de 1850 a 1870. Este último hecho permite emitir un juicio estético sobre las dos obras, para determinar en qué medida son novelas políticas atravesadas por elementos del realismo, o viceversa.

De esta manera, este trabajo se propone delimitar conceptos tales como “nación”, “nacionalismo” e “ideología”, y se apoya en una contextualización histórica de la política colombiana de la segunda mitad del siglo XIX; así como en un repaso por la historia del pensamiento colombiano del mismo periodo.

Es aquí, según los conceptos mencionados anteriormente, donde se configura el valor de este texto: el análisis de *Manuela y Dolores* que propone este estudio no es solamente un ejercicio de revisión crítica, sino que, al emplear los conceptos de *consciencia crítica* y *estructuras del sentir*, que se ampliarán más adelante, reconociendo cierta distancia respecto a las teorías que aplicaremos para el análisis, se pretende identificar los elementos de *mundaneidad*³ que entran en conflicto en las obras. Además, el papel del sujeto crítico será puesto en revisión dentro de las novelas y permitirá entender las problemáticas políticas, concebidas desde la pugna entre conservadores y liberales, expresadas dentro de las novelas⁴, como una reformulación (en su propia época) de la visión de las configuraciones políticas exhibidas por las facciones partidistas; y en ese sentido, la proyección estándar de una literatura “nacional” o el intento por ubicar una tradición o un canon literario que establecería los cimientos ideológicos de una nación en construcción. Finalmente, este trabajo tiene valor desde el reconocimiento de una deuda que ha tenido la sociedad colombiana moderna con conceptos como el de consciencia crítica, por permanecer como un

³ Acá entendemos la *mundaneidad* como las relaciones de poder, y los puntos de anclaje con el momento en el que surge la obra, representados en la realidad circunstancial y que dentro de la literatura se expresan como lecturas subyacentes, reveladas por un lector con consciencia crítica. Ver Said, Edward. “El mundo, el texto y el crítico”, *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona: Bolsilibro, pp. 303-330, 2008

⁴ Para ampliar este punto, véase el siguiente texto de referencia: Jaramillo Uribe, Jaime. *Pensamiento Colombiano en el siglo XIX*. Planeta. Bogotá. 1996.

proyecto y no una realidad (en tanto pedagogía) en el desarrollo educativo de la visión nacionalista, que asume como sus líderes a los ilustrados y privilegiados de una hegemonía educada en Europa, y excluía a la gran mayoría de la población, relegándola a relaciones de poder subordinadas.

Es así como, dada la cercanía de la reflexión propuesta con la cuestión sobre la nación o los nacionalismos, debemos hablar del asunto y sobre la manera como está expresado en ambas obras colombianas.

1.1 El problema de la nación

La nación como concepto y como modo de entender la realidad, la interacción individual y colectiva con el territorio común que nos cobija plantea unas preguntas particulares relacionadas directamente con el objeto de este texto. Al ser este término tan socorrido en la sociedad colombiana se presume entender qué significa la nación, qué significa ser colombianos, e infortunadamente se da por sentado el hecho de que nacer en este territorio nos hizo colombianos, ignorando que en la gestación de lo que hoy se conoce como Colombia estuvieron involucradas las ideas de individuos que no solo pretendían la emancipación de la corona española, sino que también buscaban organizar el territorio de acuerdo con políticas económicas y sociales que beneficiaban ciertos sectores de la sociedad neogranadina. Por tanto, también es necesario reconocer que el proyecto nacional atravesó todas las aristas del pensamiento humano, político, social, económico y estético y se planteó a la Nueva Granada bajo la perspectiva de intereses particulares vinculados a un sector hegemónico de la sociedad. Es justo entonces interrogar a los próceres que con las armas lograron una libertad, pero con la pluma instauraron un modelo multidisciplinario heredado del pensamiento europeo y que afectó las relaciones políticas, sociales, económicas, intelectuales y artísticas del territorio y, a su vez, los individuos que se subordinaron a la nación entendida desde su imagen impuesta.

Ahora bien, reconocer la diferencia entre nación y nacionalismo y ser conscientes del significado de la nación como concepto, afecta nuestros propios juicios sobre el mundo y nuestra identidad. En este sentido, la literatura, al ser un artefacto cultural que interactúa con los sujetos y con el mundo, no solo desde la óptica del arte, sino como un aparato de difusión ideológico (ya discutiremos esto más adelante), altera el entendimiento sobre cómo la nación es percibida y sobre los elementos constitutivos de lo que, en este caso, la institución literaria decimonónica considera que hace parte de la misma.

De esta manera, la pregunta se hace evidente: ¿qué es una nación? Y ¿qué caracteriza a un grupo social como una nación? Muchas son las definiciones que se han dado tanto para tratar de responder a estas cuestiones, como para caracterizar una nación.

A Ernest Renan se debe un texto realmente útil para darle un poco de contexto a esta problemática: *¿Qué es la nación?* de 1882, donde realiza un análisis y un recuento historiográfico del concepto y brinda luces sobre el problema, acotando que el concepto actual de nación, es decir, tal como la entendemos hoy, es un invento moderno. Renan dice que “La nación moderna es, pues, un resultado histórico producido por una serie de hechos que convergen en igual sentido”. (Renan, 2000, p. XX). Y la razón de que esto sea así es porque los pueblos han tratado de determinar qué es una nación sobre la base de la raza, o un principio dinástico derivado de las conquistas. Pero como a continuación se observa, ninguna de estas razones es necesariamente determinante en la formación de una nación:

Suiza y Estados Unidos, formados de conglomerados, de adiciones sucesivas, no tienen ninguna base dinástica. No discutiré la cuestión en lo que respecta a Francia. Sería necesario tener el secreto del porvenir. Digamos sólo que esta gran realeza francesa ha sido tan altamente nacional que la nación ha podido sostenerse sin ella tras su caída. Y además, todo lo había cambiado el siglo XVIII. El hombre, después de siglos de abatimiento, había retornado al espíritu antiguo, al respeto de sí mismo, al ideal de sus derechos. Las palabras "patria" y "ciudadano" habían recobrado su sentido. [...] Ha de admitirse, pues, que una nación puede existir sin principio dinástico, e incluso que naciones formadas por dinastías pueden separarse de estas dinastías sin dejar por eso de existir [...]. (Renan, 2000, p. XX).

En el ejemplo anterior, Renan describe la conformación de EE.U.U. y Suiza como naciones sin un principio dinástico. Al detener la mirada en la conformación de las naciones en América Latina, es posible afirmar que no han sido completamente establecidas sobre la base de una dinastía, puesto que como es sabido, somos hijos de la colonización y la conquista ibérica. Pero, eso quiere decir que posterior a la Independencia dejamos de ser “españoles” para convertirnos en algo más y que esa identidad no está constituida por lazos dinásticos; aunque podríamos discutir si los criollos nacidos en el territorio americano y de padres españoles pueden considerarse como una dinastía con derecho a reclamar este lugar como nación, y que, por lo tanto, respaldan el movimiento independentista. Dicha herencia no está sujeta a los lazos de sangre monárquica, sino

al sentido identitario hegemónico respaldado en la creencia de su superioridad racial al ser descendientes directos de españoles. Acá la apropiación de un movimiento independentista por parte de estos criollos no se daría solo para respaldar la separación de un cordón umbilical colonial, sino el inicio de una supuesta nueva idea propia de nación, pero, anclada en las mismas relaciones políticas y económicas heredadas de los colonos españoles. La nación es una mera construcción separatista de otro Estado.

Como es posible observar, la nación no necesariamente se origina por un patriotismo derivado de relaciones dinásticas, así como dijo Renan, y tampoco la raza, puesto que “La verdad es que no hay una raza pura, y que asentar la política en el análisis etnográfico es montarla sobre una quimera”. (Renan, 2000, p. 60). Abordar la problemática de la etnia como un elemento fundamental en la construcción de las naciones, no es el objeto de este texto, principalmente, considerando que las migraciones humanas han hecho que no exista una “raza pura”, concepto del cual se aprovechó el nacionalismo radical para, efectivamente, “montar sobre una quimera” las políticas de una nación (este trabajo no hablará sobre las conocidas consecuencias que tuvo en Europa este acercamiento conceptual sobre la nación en el siglo XX).

Así como la fundamentación etnográfica no posibilita la conformación de una nación, la lengua como estructuradora de naciones posee sus propias características problemáticas. Es de suponer desde el sentido común, que las sociedades se agrupan dado que una lengua común permite conservar, desde la oralidad y la escritura, los modos de producción económica y los valores intrínsecos de una comunidad: los ritos, las tradiciones, costumbres, pasiones y los prejuicios que tienen en común los individuos. Sin embargo, bien sabemos que las lenguas no son estáticas y que fenómenos como las conquistas actúan sobre las naciones derrotadas de forma coercitiva y hegemónica. La lengua castellana llegó a América y se instauró como una imposición de la conquista; además, subyugó a los pueblos indígenas y los llevó a la adopción sistemática y forzosa del sistema de creencias y del modelo de nación española. Muy diferente a la estrategia usada por Francia en épocas de la revolución (no de sus procesos colonizadores) y que menciona Eric Hobsbawm (1990): “El uso nativo de la lengua francesa no era lo que hacía que una persona fuese francesa, sino la disposición a adquirirla entre las otras libertades, leyes y características comunes del pueblo libre de Francia” (p. 30). Los ejemplos pueden parecer discordantes, pero refuerzan la siguiente idea: ya sea porque la lengua es impuesta bajo conquistas, o motivada a adquirirse como condición para considerarse parte de una nación, los individuos tienden a conformarse como

naciones con una lengua común y es normal considerar que esta sea una característica elemental en el surgimiento de la conciencia nacional, más aún cuando la lengua establece una barrera clara entre naciones con lenguas diferentes.

Aunque, esta afirmación revela una contradicción,⁵ no todas las naciones hablan lenguas diferentes, por lo cual el elemento lingüístico no es por completo determinante en la conformación y la concepción de una nación, por lo tanto, lo que anteriormente dijimos de la raza se debe decir de la lengua. La lengua invita a reunirse; pero no en todos los casos lo fuerza. Estados Unidos e Inglaterra, y América Latina y España hablan la misma lengua y no forman una sola nación (Renan, 2000, p. 61).

1.2 Hacia una conciencia nacional

Considerando el apartado anterior, se vuelve visible que uno de los posibles antecedentes del brote de la conciencia nacional se encuentra en el desarrollo de la imprenta como mercancía. Benedict Anderson establece tres factores importantes que contribuyeron al surgimiento de la conciencia nacional: “Un cambio en el carácter del latín, la repercusión de la reforma que al mismo tiempo debía su éxito al capitalismo impreso y la difusión lenta, geográficamente dispareja de lenguas vernáculas particulares como instrumento de centralización administrativa” (B. Anderson. 1993. Pp. 65). El último factor de los mencionados es el de mayor interés en esta reflexión. El cambio de paradigma del latín a las lenguas vernáculas como lenguas administrativas tiene consecuencias directas en el modo en que las personas operaban a lo largo de esta transición. Lo anterior no solo en un sistema burocrático, sino en el otorgamiento paulatino de legitimidad a un sistema monolingüe que, por ejemplo, desmitifica la santidad universal del latín como una lengua homogeneizadora de una comunidad cristiana que trasciende las fronteras políticas de las naciones. Cabe anotar que, curiosamente, “nada sugiere que algún profundo impulso ideológico, ya no digamos protonacional, se encontraba detrás de la difusión de las lenguas vernáculas donde ocurrió” (Anderson, 1993, p. 68). La transición de las lenguas vernáculas reemplazando al latín como lenguas administrativas fue en alguna medida aleatoria, no hubo un esfuerzo colectivo enfocado hacia la conversión del sistema administrativo, al menos de forma consciente. La transformación de dicho sistema se dio en territorios donde “los esfuerzos de los humanistas por

⁵ Aun considerando que particularmente en el mundo hispánico el peso de la lengua fue fundamental. Prueba de ello es la publicación de la gramática de Nebrija en 1492 con lo cual se consolida a la lengua castellana como el medio de comunicación, representación y cosmovisión del mundo hegemónicamente establecido.

revivir la abundante literatura de la antigüedad precristiana, y por difundirla por medio del mercado de las impresiones, a una nueva apreciación de los logros estilísticos refinados de los antiguos era evidente entre la *intelligentisia* europea” (Anderson, 1993, p.65).

De esta manera se considera a la lengua como uno de los elementos que participan en la creación de las naciones aunque no sea suficiente para mantener unida en su integridad la voluntad de los individuos por agruparse e identificarse como miembros de determinada nación: “lo que, en un sentido positivo, hizo imaginables a las comunidades nuevas era una interacción semifortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción y de relaciones productivas (el capitalismo)⁶, una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana” (Anderson, 1993, p. 70). La aparición de las naciones no se da necesariamente bajo la pretensión obligante de un grupo de personajes que deciden sobre el futuro de una sociedad en todos sus aspectos constitutivos, sino que parece una suerte de azar que combina las voluntades de los sujetos, así como las condiciones políticas, geográficas, económicas o culturales favorables a la conjugación de un grupo en torno a un sistema de creencias o de signos (escritura y oralidad) que posteriormente los identifiquen como miembros de una nación particular.

Entonces, si ninguna de estas razones parece ser lo suficientemente fuerte como para conservar la unidad de una nación ¿cuál es el hilo que conecta a los individuos y las sociedades en una nación? Volver a Renan se hace necesario:

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, en verdad, tan sólo hacen una, constituyen esta alma o principio espiritual. Una está en el pasado, otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa. [...] Un pasado heroico, grandes hombres, gloria -entiéndase la verdadera gloria-; he aquí el capital social sobre el que se asienta una idea nacional. Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer aún hacerlas; he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo (Renan, 2000, p. 64).

Si se está de acuerdo con Renan en esta metáfora que define la nación como un “alma”, un principio espiritual, se completa el rompecabezas conceptual sobre lo que constituye a una nación.

⁶ Esto solo para Europa, como sabemos, la entrada del capitalismo como modelo económico no coincide con el periodo de la expansión capitalista en Europa.

Las teorías descritas anteriormente encajan mucho mejor como rasgos característicos (no definitorios) de la nación, en función de la nación como un principio espiritual. Las relaciones dinásticas y los fenómenos de conquista que sufre un territorio se convierten en el legado de recuerdos que alimentan ese deseo espiritual de seguir juntos, convicción de unidad que se nutre de valores compartidos donde la lengua se convierte en la cápsula de tiempo (a través de la escritura) que preserva la cosmovisión de una nación. La nación se convierte en un sentimiento de solidaridad con aquellos con los que se comparte un pasado donde las glorias y el sufrimiento crean una relación de hermandad que trasciende los problemas de la raza y el lenguaje, por ejemplo.

En definitiva, la nación se constituye más allá de las abstracciones teóricas sobre la lengua, la raza, el territorio y la política porque “El hombre no es esclavo de su raza ni de su lengua ni de su religión ni del curso de los ríos ni de la dirección de las cadenas montañosas. Una gran agregación de hombres, sana de espíritu y cálida de corazón, crea una conciencia moral que se llama nación” (Renan, 2000, p. 65). De esta manera es que la nación se constituye, pues, en la cercanía de los corazones de los individuos; son las similitudes morales, éticas, filosóficas e históricas las que en apariencia moldean la voluntad colectiva en la conformación de la nación.

De acuerdo con lo que hemos observado hasta ahora y en concordancia con Anderson, adherimos a su propuesta conceptual de nación desde la siguiente definición: “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”. (Anderson, 1993, p. 5). Una mirada más profunda a esta definición especificará que la nación será imaginada en tanto “los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”. (Anderson, 1993, p. 5). Los acuerdos colectivos a los que llegan los habitantes de lo que Anderson considera como una nación, no dependen en absoluto de la distinción individual de cada miembro que comparta la visión imaginada de una nación en particular. Sin embargo, la decisión del individuo para circunscribirse dentro de los límites de una nación particular sí son en apariencia determinados por cada uno de los participantes, por lo que se puede llegar a pensar que, para el sujeto, la adherencia a una nación está mediada por características culturales, sociales, políticas, históricas y económicas. Pero, en el discurso de la nación, la adherencia a ella es un acto voluntario y consciente, por lo tanto, la nación es una expresión de la libertad.

Por otra parte, otra característica de la definición que nos brinda Anderson es la fronterización de la nación:

La nación se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad. Los nacionalistas más mesiánicos no sueñan con que habrá un día en que todos los miembros de la humanidad se unirán a su nación, como en ciertas épocas pudieron pensar los cristianos, por ejemplo, en un planeta enteramente cristiano. (Anderson, 1993, pp. 5-6).

Bajo esta concepción de la nación empiezan a dibujarse el papel de la cultura, la historia, la economía, etc. en la conformación de la nación: todas estas estructuras de pensamiento y de relación con el mundo operan dentro de la constitución de las naciones como elementos comunes que refuerzan el sentimiento de comunión colectiva necesario para la autodeterminación del individuo como parte de la misma y, a su vez, traza las fronteras, no siempre visibles, entre una nación y otra. Esta diferenciación entre naciones es de especial interés para el tema que atañe este texto, porque a pesar de que Latinoamérica comparta características en su origen colonial y haya pasado por transformaciones semejantes de orden político, social y cultural, los territorios que luego se configurarían como las actuales naciones de lo que conocemos como Latinoamérica trazaron parte de sus límites en el orden estético. Para la crítica literaria es posible rastrear esos límites dentro de la literatura, y aunque no es el caso de este texto encontrar dichos límites en lo que respecta a otras naciones, cuando hablamos de la Nueva Granada resulta visible que, si bien la idea de una nación ya estaba en proceso, los límites no se habían establecido ni siquiera dentro de lo que la sociedad neogranadina entendía como su propia nación.

Por último, en la caracterización de esta definición de nación, Anderson dice que:

Se imagina soberana porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado. Habiendo llegado a la madurez en una etapa de la historia humana en la que incluso los más devotos fieles de cualquier religión universal afrontaban sin poder evitarlo el pluralismo vivo de tales religiones y el alomorfismo entre las pretensiones ontológicas de cada fe y la extensión territorial, las naciones sueñan con ser libres y con serlo directamente en el reinado de Dios. La garantía y el emblema de esta libertad es el Estado soberano (Anderson, 1993, p. 6).

Con este último ejemplo hay un horizonte claro sobre el cual se entrevén los destinos de las naciones en su concepción y es el de los Estados soberanos. Una especie de desarrollo de las naciones se asoma en el recorrido trazado hasta ahora en este texto: la concepción de la nación se da como una suma de voluntades colectivas, una consciencia espiritual que provoca la unión de individuos alrededor de vínculos históricos, lingüísticos, económicos y políticos con límites definidos por sus mismas vinculaciones y que termina siendo soberana sobre sus individuos y con respecto a otras naciones desde el ejercicio de la libertad individual para incluirse en determinada nación y la destrucción de la legitimidad jerárquica.

En consecuencia, cuando se refiere a la conciencia moral o de sentimientos conscientes y voluntades colectivas, inevitablemente la discusión rota hacia el nacionalismo, la aproximación a este problema permitirá focalizar esta teorización sobre el caso específico del pensamiento político colombiano en el siglo XIX y finalmente el papel de la literatura colombiana en la pretensión de un proyecto ideológico nacionalista hegemónico, urdido por la élite y que provocó la fractura ideológica del proyecto nacional colombiano, o lo que acá se llamará “La quimera Colombia”.

1.3 El nacionalismo o el nacimiento de la quimera Colombia

Con el panorama expuesto en los apartados anteriores, Nicolas Shumway (1997) agrega una dualidad teórica a la conceptualización de la nación que hemos visto hasta ahora. Sin embargo, cabe destacar que como anteriormente fue descrita, la nación está montada sobre una quimera, y que los hispanoamericanos somos la conjunción de dos fuerzas complementarias; dichas fuerzas arraigaron en el pensamiento de la sociedad la conformación de estas naciones. Al respecto dice Shumway:

La primera de ellas es una posición constructivista o racional/empírica que ve la nación como una construcción contingente que responde a las necesidades materiales y políticas del momento y que resulta de un acto de voluntad colectiva. La segunda es esencialista, primordialista o perennialista y sugiere que las naciones modernas no son sino una nueva manifestación de sentimientos y paradigmas muy antiguos. (Shumway, 1997, p. 9).

El enfrentamiento de estas dos posiciones sienta las bases sobre las cuales se van a configurar las mitologías históricas, gracias a un pasado nostálgico que se alimenta de la oralidad y los vestigios de las culturas precoloniales y la exaltación de héroes americanos que durante los

movimientos independentistas se convirtieron en figuras “esenciales” en el nacimiento de lo que eventualmente llamarán “naciones”.

Así, el nacionalismo aparece como “una expresión de carácter liberal-racionalista, para gran parte de una tradición intelectual es un fenómeno primordialmente cultural que, en cuanto constructo moderno, pareciera estar acorde con los principios de la libertad y el progreso” (Laverde, 2018, p. 119). De acuerdo con la proposición anterior, el nacionalismo entra en la escena de la configuración de las naciones como una consecuencia de la caracterización de las mismas: si la pertenencia a una nación es el ejercicio de la libertad individual y la asunción de una identidad que resulta de la suma de voluntades y un “alma” colectiva, es apenas presumible pensar que el nacionalismo alimenta a la nación en términos de creación de su propia historia y sus características mitológicas en un sentido pedagógico y “evangelizador” si se quiere. Al menos así se puede ver en las palabras del propio Simón Bolívar:

Nosotros ni aun conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento, y Europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión, y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más, nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula, y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la Libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la Libertad, sino también la tiranía activa y doméstica (Bolívar, 1819, p. 10).

Bolívar reconoce la desvinculación con el sistema colonial que acaba por causar una guerra con el fin de independizar las colonias españolas. Todavía cabe señalar que de todo este párrafo lo más intrigante sea que Bolívar exprese que somos “europeos por derechos”. La distinción entre ser americanos por haber nacido en el continente y, no obstante, reclamar una europeización heredada que se justifica en los derechos otorgados por los otrora padres del territorio arroja una serie de elementos que en su momento sirvieron como fuente de inspiración en la construcción de la “mitología” sobre la que la quimera nacionalista colombiana se fundó. El mismo Bolívar reconoce el papel periférico de la sociedad común latinoamericana en la configuración de las naciones, en las dificultades derivadas de la esclavitud y, por lo que se infiere, el oscurantismo intelectual al que

el común denominador de la población se ve sometido y que, a falta de otras palabras, imposibilita el ejercicio de la vinculación libre a una nación, cuando dicho sea de paso, no solo no se es libre físicamente (esclavitud) sino que no se tiene dominio sobre ningún aspecto esencial de la vida política, económica o cultural (la tiranía activa y doméstica).

A propósito de esta disyuntiva, Partha Chatterjee (2000) propone que el nacionalismo latinoamericano corresponde al nacionalismo oriental: “El nacionalismo ‘oriental’ ha aparecido entre los ‘pueblos’ recientemente llevados a una civilización hasta ahora extraña a ellos y cuyas culturas ancestrales no se adaptan al éxito y la excelencia por esos estándares crecientemente dominantes y cosmopolitas” (p. 123). Las naciones y el nacionalismo latinoamericano resultan de la conjunción entre la imitación y el rechazo a los modelos que imita⁷ y esto se ha mencionado con anterioridad: imitar porque debe aceptar los elementos traídos por la cultura dominante (lengua, creencias, políticas, etc.) y de la misma manera debe rechazar la hegemonía de la cultura extranjera con el fin de descubrir los elementos identitarios que provienen de las culturas ancestrales y que perviven en la memoria del colectivo. De modo que dichas conjeturas conducen a pensar que el nacionalismo se convierte en el eje político que transforma al colectivo en una nación.

Desde esta perspectiva se puede afirmar entonces que el carácter político de las naciones y “la experiencia de lo ‘político’ están íntimamente relacionados con la fundación de la Ciudad; pero también con el poder y la dominación, incluida la resistencia a estos” (Laverde, 2018, p. 120). Y de ahí parte la afirmación propuesta en el subtítulo de este apartado: el nacimiento de Colombia es el nacimiento de una quimera, no solo en el sentido propuesto por las teorías mencionadas a lo largo de este capítulo, sino porque debido a las características especiales del continente latinoamericano y, en este caso específico, de Colombia, el proyecto nacionalista está destinado a una fractura desde su concepción; si lo político dentro de la nación (nacionalismo) está intrínsecamente relacionado con la fundación de la ciudad, y la nación se construye a partir de un alma colectiva que se cohesiona con elementos articulares a ella (lengua, religión, dinastías, etc.), el proyecto nacional colombiano está propuesto como un sistema centralizado y metropolitano, y que dadas las condiciones de su época, pretendían fundar una nación en un territorio donde la voluntad colectiva no necesariamente ejerció su derecho a la libertad vinculante del alma nacional.

Incluso cuando existe una idea de república durante la década de 1850, son evidentes los conflictos ideológicos que la élite intelectual y política pretendía, la visión quimérica del país

⁷ Ibid.. 123

empieza a tener una voz, y *Manuela*⁸ es un caso claro de ello como podemos observar a continuación:

- Y de elecciones, ¿cómo andamos, señor cura? ¿Usted no votará, no?
- ¿Por qué no, señor, cuando la constitución no me lo prohíbe?
- Pero un cura, me parece a mí que no debe meterse en la política, por aquello de “mi reino no es de este mundo”.
- Pues eso de “mi reino no es de este mundo”, les ha dejado a los curas derechos y obligaciones subsistentes en el estado político, les ha dejado existencia y libertad, premunidas por la constitución.
- La constitución sí los abraza, de cierto; pero nuestras leyes han tratado de separarlos del cabildo, de la escuela, del Congreso, de las elecciones.
- Pues el texto es una sentencia de Jesucristo, en que les muestra a los judíos que sus glorias y triunfos no consisten en los tronos y cetros de la tierra, sino en la bienaventuranza eterna; que no viene a apoderarse del poder civil, sino del moral, y nada más. Señor, si la política no abrazara la moral, y si la moral se pudiera, en nuestra tierra, cimentar sin la instrucción evangélica; más todavía: si no versara la política sobre las dichas y desdichas del hombre, entonces se debería abstener el sacerdote cristiano de ella; [...] Y en una parroquia de estas donde nadie lee, donde nadie explica ni recuerda la ley escrita, donde nadie se apura por que haya escuela ¿quién señala el camino del deber? (Díaz Castro, 1985, pp.29-30)

En el ejemplo anterior, el cura de la parroquia y don Demóstenes centran su diálogo en el papel de la iglesia en los asuntos políticos de la parroquia. La representación de aquella figura mitológica que orquestó desde la ciudad la realidad nacional empieza a dibujarse en *Manuela* como la élite colombiana, representada acá por Demóstenes. A lo largo de la novela son numerosos los ejemplos que demuestran las pretensiones ilusorias de unidad política o social de la metrópoli

⁸ En términos generales, la novela relata la historia de Manuela, una mestiza que trabaja como estanciera en las haciendas de una parroquia cercana a Bogotá y que está enamorada de Dámaso. En el relato el conflicto gira entorno a Manuela y a don Demóstenes, un bogotano acaudalado que llega a la parroquia con el pretexto de analizar muestras botánicas, pero que en realidad pretende influir sobre las votaciones venideras para elegir al nuevo presidente de Colombia. En el transcurso de la narración, el lector se dará cuenta que Manuela, Demóstenes y los demás personajes del pueblo están sometidos a las órdenes de los hacendados, y de don Tadeo, el gamonal de la parroquia y quien a través de trucos jurídicos logra imponer su voluntad sobre los habitantes de la parroquia. Finalmente, y después de varios conflictos, Manuela logra escapar de la parroquia para encontrarse con Dámaso, quien ha tenido que escapar de don Tadeo y a este último logran hacerlo escapar de la parroquia. Manuela y Dámaso vuelven para casarse y don Tadeo logra entrar a escondidas en la parroquia, incendiando la iglesia y provocando la muerte de Manuela.

bogotana y el derrumbamiento de dicha concepción nacional cuando se enfrenta al campo. En este caso particular, es desde el inicio del cuestionamiento por parte del ciudadano cuando se producen los choques entre utópicas posturas políticas versus la realidad representada en la obra. El cura, perteneciendo a un sector educado de la población, responde en cierta medida a las ambiciones nacionalistas (aunque sea un conservador) que se requieren para ejercer la libertad de escoger hacer parte de una nación. Por esta razón increpa a Demóstenes cuando se le pregunta si ejercerá el voto; el cura ya ha tomado la decisión consciente de hacer parte de una idea nacional, aunque no sea la misma que promuevan políticamente los liberales; no obstante, se adjudica inherentemente su identidad como colombiano y se apoya en la Constitución para validar no solo su pertenencia a la colectividad nacional colombiana, sino su ejercicio libre como sujeto de derechos apoyado por las normas establecidas en la Constitución de mayo de 1858 y, sobre todo, se encuentran “BAJO LA PROTECCIÓN DE DIOS OMNIPOTENTE, AUTOR Y SUPREMO LEGISLADOR DEL UNIVERSO”⁹ (Constitución política para la Confederación Granadina de 1858, considerando, 22 de mayo de 1858, Colombia). De esta manera el personaje del cura se introduce en la nación colombiana, pero aún más, participa del nacionalismo quimérico en tanto alude a la vinculación de la moral con la política, la religión cobija su sentido político y lo habilita dentro de la discusión, todo para que al final quede claro que, definitivamente, su papel dentro de la sociedad no es solamente religioso, sino político y pedagógico; mientras los habitantes de la parroquia no puedan ejercer con libertad y consciencia su rol como parte del alma colectiva de la nación imaginada colombiana. Demóstenes parece aprobar la incorporación del cura a esta identidad colombiana, aunque no comparta su visión política como consta en el siguiente fragmento de la novela.

[...] Aquí sintió don Demóstenes sumo agrado, y suma predilección por el párroco; y se enderezó aliñándose su *chivera*; pero las palabras que siguieron volvieron a hacerlo agachar porque el cura estaba diciendo:

— “Y la caridad vale más que la divisa *libertad, igualdad, fraternidad*; pues con aquel pendón se han acometido mayores empresas en favor de la sociedad universal” (Díaz Castro, 1985, p. 22).

⁹ Por si esto parece insuficiente, el artículo tres de la misma constitución define como granadinos a: 1. Todos los nacidos o que nazcan en el territorio de la confederación. 2. Los que nazcan en territorio extranjero de padres granadinos. 3. Los que obtengan carta de naturalización; 4. Los que no estando comprendidos en los incisos anteriores, tengan las cualidades de granadinos, según la constitución de 1853.

Como la identidad se asume siendo una unión de voluntades colectivas, es posible asumir que el papel de Demóstenes no es validar la inscripción de los demás personajes en la nación, sino transmitir la visión metropolitana de la misma, aunque como es de anotar, son numerosos los casos dentro de *Manuela* donde Demóstenes siempre tendrá sus ideas confrontadas con la realidad que se vive en el espacio de la novela, y no serán todos los personajes igual de ilustrados como el cura, lo cual no quiere decir que no hagan parte de una identidad nacional, sino que representan, como se ha dicho con antelación, las partes de la quimera nacionalista que no corresponde con la representación de la realidad expresada en la narración:

[...] — usted habrá leído “El Tiempo”

— ¿“El Tiempo”?... No, señor. Aquí no llega sino la “Gacetilla” y se va al archivo, muchas veces sin desplegarla; dicen que a don Eloy le viene el “Porvenir”.

— ¡Es cosa muy rara!

— No, señor: así andamos en muchas parroquias... Lo raro es ver a una persona como usted por aquí (Díaz Castro, 1985, p. 21).

O también:

[...] Pregúntele usted lo que es ser arrendataria, cuando la vaya a visitar.

— No obstante, un gobierno libre da protección...

— ¡Bonita protección! A mi hermanito lo cogieron en el mercado para recluta y murió lleno de piojos en el hospital [...] ¡Muy buena me parece la protección!

[...] — ¿No hay educación gratuita en el distrito?

— No sé qué será lo que su merced dice.

— La escuela, la enseñanza pública.

-El señor cura es el que enseña a siete muchachos en la casa [...] (Díaz Castro, 1985, p. 78).

Queda claro entonces que la posición de los habitantes de la provincia en *Manuela* es de subordinación frente a una clase dirigente que no solo conduce los destinos políticos de la vida parroquiana, sino casi todos los aspectos fundamentales en la construcción del espacio nacional: la educación es un problema fundamental, porque la alfabetización (o la falta de ella) se convierte en una herramienta de control que ayuda a los personajes dominantes, a mantener una visión determinada de lo que se pretende, en este caso, para el microcosmos de la parroquia, que no es sino otra representación de la división de perspectivas en el panorama nacional colombiano

decimonónico. A medida que la obra avanza, don Demóstenes verá que sus ideales contrastan con la realidad y que existe además un conflicto con la posición de los hacendados y el gamonal don Tadeo, la contraparte ideológica de la narración. Don Demóstenes representa entonces los deseos de igualdad, libertad y anticlericales en la forma de gobierno del país, todo entendido desde la metrópoli como el centro del pensamiento ilustrado y de la razón. Parece quedar demostrado a plenitud que es incluso paradójica la posición política de don Demóstenes, predicando igualdad, siempre y cuando la visión que se comparta de los asuntos del país sea la suya. El declive de sus ideales se da en una conversación con Manuela cuando debe reconocer, muy a pesar suyo que la situación no sería muy diferente con otro sistema de pensamientos políticos:

[...] Después que enjugó Manuela sus lágrimas, volvió la cara hacia su huésped y le hizo esta sencilla pregunta:

— ¿De qué les sirve a los liberales haber hecho la revolución de 1854, don Demóstenes?

— Esa la combatí yo, y no con peroratas, sino a balazos, como lo hicimos casi todos gólgotas¹⁰.

— ¿Y si hubiera triunfado?

— Te digo la verdad, que estaríamos lo mismo.

— ¡Ay don Demóstenes! —exclamó Manuela [...] ¿Conque la república ha quedado lo mismo después de perder yo mi apoyo y el de toda mi familia? ¿Y los huesos de mi padre se hallan botados quién sabe dónde, sin provecho de nadie?... ¿Y así tiene usted valor de santificar la revolución? (Díaz Castro, 1858, p. 343)

En este pasaje se aprecia a Demóstenes reconociendo que sin importar si hubieran ganado la revolución¹¹ la república se encontraría en la misma situación en la cual estaba. La visión política de Demóstenes estaba comprometida; sin embargo, era una posición inalcanzable en términos prácticos, debido a que bebía de la inspiración europea y, por lo tanto, no era compatible con el alma colectiva de la visión nacionalista de ese periodo.

De la misma manera, don Tadeo y los demás hacendados representan las otras consideraciones político-ideológicas del país y, por lo tanto, el resto de la quimera colombiana.

¹⁰ Los liberales Gólgotas son una facción más radical del liberalismo decimonónico, opuesto a los moderados o “draconianos”.

¹¹ Acá se hace referencia a la guerra civil de 1854, que inició como respuesta al golpe de estado efectuado por José María Melo el 17 de abril de 1854 y que dio inicio a la llamada “confederación granadina” y a la constitución del mismo año. La tendencia política de los partidos en ese momento se fijaba hacia el federalismo y en dicha reyerta y elección perdió el partido liberal Gólgota, del cual hace parte don Demóstenes en *Manuela*.

Don Demóstenes encarna una visión trágica de la realidad nacional, compartida con Manuela, el escenario de la narración resume este hecho en una sola frase en la novela, en un pasaje trivial comparado con las implicaciones de la representación política que se dejan leer en *Manuela*, pero que ilustra la forma en la que las cosas se hacían: “Don Demóstenes, cediendo al derecho del más fuerte, que es el que rige en la Nueva Granada, se dejó llevar en triunfo y se conformó con entrar al pozo acompañado de sus perseguidoras”. (Díaz Castro, 1985, pp. 306-307). En la Nueva Granada no hay espacio para débiles, y los débiles se deben someter a los juicios, los modos de vivir y pensar que impongan los fuertes, que como se verá en el capítulo siguiente, debido, entre otras cosas, al sistema económico imperante en Colombia para esa época, provocó una fractura tanto en la sociedad, como en los sujetos.

2. Manuela y Dolores: La cara y la mente de la quimera

Ya se ha hablado de la identidad nacional que se pretendía instaurar en el país durante el siglo XIX y las consecuencias de proyectar una visión nacionalista en una sociedad tan fragmentada como la colombiana en términos políticos. Así también, queda claro como en *Manuela* el personaje de don Demóstenes representa la intencionalidad de institucionalizar y transmitir este nacionalismo liberal, ejercido por la élite urbana y el fracaso que supone esto en un sentido político para el proyecto nacional de los liberales gólgotas. No obstante, en lo que respecta a la posición del autor implícito es claro que es un proyecto destinado al fracaso, al menos ficcionalmente. Una sugerente observación al respecto es que de acuerdo con lo relacionado al destino de Manuela y los sectores que están dispuestos a abrazar dicha institucionalización del liberalismo se convertirán en víctimas de la derrota ideológica que sufre el movimiento liberal. La quimera colombiana empieza a tomar forma con el personaje de Demóstenes. En este sentido, el proyecto de nación que la élite neogranadina buscaba para Colombia no solo fracasa en términos políticos por la división ideológica partidista y la falta de unidad indispensable en lo que describimos como una nación anteriormente, sino porque además de ello, el contexto económico del país invisibiliza las voluntades de las clases dominadas y existe una discrepancia entre un modelo económico protocapitalista y relaciones interpersonales de corte señorial o casi feudales. Sobre esto se verá a continuación cómo en *Manuela* y, desde una perspectiva más hegemónica, en *Dolores* se transmiten los trazos de esta configuración social, política y económica, dando como resultado que en la representación estética de ambas obras surge el rostro de la quimera y en su contenido se

entrevé la mente de esta. Las ideas universalistas heredadas de Europa y puestas en relación con Demóstenes están contrastadas con la tragedia del personaje de *Manuela* y reafirmados con la posición intelectualista de *Dolores*¹²; los tres cuerpos que conforman en este texto la imagen fantástica de un relato nacional que durante 1850 y 1870 bien podrían haber sido la representación gráfica de Colombia. La imposibilidad de hallar en la masa al sujeto crítico y la discrepancia en el sistema económico vigente en aquellos días versus las relaciones interpersonales que fragmentan y cosifican al individuo dentro de un concepto que acá denominaremos *reificación mercantil*

2.1 Reificación mercantil dentro de las estructuras del sentir: la mente de la quimera

En 1923 Georg Lukács publica *Historia y conciencia de clase*, donde realiza un análisis del materialismo histórico¹³ de Marx y plantea una serie de reflexiones sobre el papel de Hegel en los escritos de Marx mientras explica los conceptos y la influencia de ambos autores en el Marxismo occidental¹⁴. Para efectos de este texto, Lukács brinda los insumos iniciales bajo los cuales es posible identificar los elementos de carácter económico que ejercían su influencia en los individuos de la nación colombiana para ese momento y, aunque no es motivo de análisis en este ensayo, siguen perviviendo en los días actuales. La mente de la quimera está fragmentada de la misma forma que su cuerpo, y existen dos condiciones fundamentales para la fragmentación de la conciencia individual y colectiva de Colombia: la ambición de inaugurar procesos de fabricación o comercio protocapitalistas en un sistema económico basado en la producción de materias primas y un mercantilismo casi feudal así como la diferencia entre las ciudades y el campo colombiano del siglo XIX.

¹² Antes de discutir en profundidad cualquier aspecto interpretativo de la obra, es importante mencionar el argumento central: Dolores es una mujer que habita una parroquia urbana. La novela se narra desde la perspectiva de su primo, Pedro, el cual cuenta la historia sobre el amor no consumado entre Dolores y su pretendiente, Antonio por cuenta de una afección física similar a la lepra que obliga a Dolores a exiliarse en el campo, por lo tanto su vida se va consumiendo con el paso de la enfermedad y nos deja ver a través de las caras que le hace legar a Pedro que su exilio no la deshumaniza, por el contrario, se refugia en el crecimiento intelectual, a la vez que relata la tristeza y melancolía de una vida en el confinamiento impuesto, hasta que muere por cuenta de su enfermedad.

¹³ “Historia y conciencia de clase retorna a la cuestión de la validación de la relación objeto-sujeto en el sentido en que fue esbozada por Marx y que interviene en la creación misma del materialismo histórico” N. del E. (Lukács, 1923, p. 1).

¹⁴ Sobra decir que los marxistas se han encargado a lo largo de sus teorizaciones de propiciar un ambiente negativo en torno al marxismo. Lukács entendió esto en su momento y advierte desde el prefacio de este texto que: “Al recoger y publicar aquí los documentos más importantes de ese periodo (1918 a 1930) quiero subrayar precisamente su carácter de intentos, sin atribuirles en modo alguno un significado actual en la lucha presente por un marxismo auténtico. Esta puntualización es un imperativo de honradez intelectual si se tiene en cuenta toda incertidumbre que hoy existe acerca de cuál es el que debemos considerar como núcleo fundamental y método permanente del marxismo” (Lukács, 1970, p. 7).

De esta manera Lukács nos introduce en la relación entre mecanismos de mercadeo primitivos y el fenómeno de la cosificación que no es otra cosa que la fragmentación del individuo mencionada anteriormente:

El trueque directo, forma natural del proceso de intercambio, representa más bien el comienzo de la transformación de los valores de uso en mercancías que las mercancías en dinero. El valor de cambio no tiene forma independiente; todavía está ligado directamente al valor de uso. Esto aparece de dos maneras diferentes. En toda su organización, la producción tiene por fin el valor de uso y no el valor de cambio; y solamente cuando la producción rebasa la cantidad necesaria para el consumo, los valores de uso dejan de ser valores de uso para convertirse en medios de cambio, en mercancías. Por otra parte los valores de uso se convierten en mercancías, solo en el cuadro del valor de uso inmediato, aunque polarizados de tal manera que las mercancías a intercambiar deben ser valores de uso para los dos poseedores, y cada una valor de uso para aquel que no la posee (Lukács, 1970 p. 111).

Lo propuesto por el filósofo y crítico literario en este caso es de importancia en el análisis del contexto económico del país y se ve representado en *Manuela*: la base económica durante el siglo XIX y, particularmente en el periodo comprendido entre 1850 a 1870 “gira alrededor de los esfuerzos por transformar una economía con un nivel muy bajo de integración al mercado en un sistema económico en el que la mayoría de los bienes y servicios se produzcan para la venta”. (Melo, 1979, p. 1). En el periodo histórico mencionado no se contaba con un sistema de mercado regulado y la producción de bienes no conseguía a suplir las necesidades por completo, por lo cual no alcanzaban a llegar a convertirse en medios de cambio, o mercancías. Las actividades económicas colombianas por ese entonces estaban limitadas por numerosas variables y barreras, siendo algunas de las principales: el estado de desconexión entre las provincias, la falta de educación y la baja población generalizada a lo largo del territorio. De esta manera, la dinámica económica del país se empieza a dibujar a través de procesos de intercambio, donde se transa sobre valores de uso y no sobre medios de cambio. Las actividades económicas se estancaron debido a que, como lo menciona Jorge Orlando Melo:

La Nación constituía una especie de archipiélago en el que los núcleos poblados estaban separados entre sí por zonas despobladas y a veces por serios obstáculos geográficos. Aún más, la vinculación con el exterior tropezaba con el hecho de que las

zonas más densas del país y en particular las de la altiplanicie oriental, se encontraban bastante alejadas de las costas atlánticas e incluso de los ríos de la vertiente atlántica (Melo, 1979, p. 17).

Las vicisitudes territoriales solo forman parte de los inconvenientes que tenía la incipiente economía colombiana decimonónica, claramente, la dificultad en la unificación de un sistema está parcialmente determinada por la capacidad conectar sus centros poblacionales. De esta manera “prácticamente todos los bienes que encontraban una salida al mercado se transaban en mercados locales y apenas viajaban unos cuantos kilómetros entre el productor y el consumidor final” (Melo, 1979, p. 18). Se infiere entonces que gran parte de las transacciones económicas que ocurrían fuera de los centros urbanos tendían más hacia el trueque por las razones expuestas anteriormente; en la medida en que los productos no transforman su valor de uso en mercancía, la clase trabajadora no podrá obtener el beneficio de ver convertidos los productos en medios de cambio, aún más cuando las relaciones en una población mayoritariamente rural, como lo era la colombiana del siglo XIX, entre los dueños de tierras y los trabajadores de haciendas o cultivos, presentan dinámicas de comportamiento similares al señorialismo colonial del cual fue víctima durante la colonización española. Este problema adicional, como vimos en lo anteriormente postulado por Lukács, plantea un problema sobre el tema de la cosificación, puesto que como lo expone en *Historia y conciencia de clase*:

[...] opone al hombre su propia actividad, su propio trabajo como algo objetivo, independiente de él y que lo domina en virtud de leyes propias, ajenas al hombre [...] Objetivamente, surge un mundo de cosas acabadas y de relaciones entre las cosas (el mundo de las mercancías y de su movimiento en el mercado) [...] Subjetivamente, la actividad del hombre –en una economía mercantil acabada- se objeta en relación al hombre. Se convierte en una mercancía que queda sometida a la objetividad, ajena a los hombres, de las leyes sociales naturales, y debe ejecutar su acción tan independientemente de los hombres como cualquier bien destinado a la satisfacción de las necesidades y convertido en cosa-mercancía (Lukács, 1923, p. 114.).¹⁵

¹⁵ En relación a esta cita de Lukács, y con el fin de dar un poco más de claridad sobre el concepto de la cosificación o reificación, Edward Said reflexiona lo siguiente: “[...] un destino universal que afecta a todos los aspectos de la vida en una era dominada por el fetichismo de la mercancía. [...] tiene como consecuencia la radical transformación de todo lo humano, fluido, procesual, orgánico y relacionado en objetos desvinculados y “alienados” en elementos independientes, en átomos sin vida”. (Said, 2008)

En un mundo donde el capitalismo evalúa cuantitativamente todos los aspectos que constituyen la realidad y las sociedades, el individuo se convierte en parte de una gran cadena de producción, lo cual conlleva a eliminar los valores subjetivos del sujeto y lo atomiza hasta el punto de convertirlo en la mera suma de los valores medibles dentro del sistema capitalista. No obstante, cabe recordar que el sistema económico imperante durante el siglo XIX en Colombia no puede ser capitalista como se entiende en las metrópolis europeas o incluso en las norteamericanas del mismo periodo, las condiciones socio-económicas en Latinoamérica, y particularmente en Colombia para ese periodo no correspondían operativamente a lo propuesto por Lukács.

Entonces, ¿por qué traer a colación una teoría que no cumple con las condiciones operativas para establecer dicha teorización dentro del sistema? Bien, porque, aunque es cierto que la economía colombiana decimonónica no puede enclavarse en un capitalismo industrial¹⁶, si es cierto que la propuesta del teórico opera en un sistema basado en la extracción, el comercio y la mercantilización de materias primas: minería, agricultura, ganadería y pesca, por mencionar algunas. Lo que ocurre es que la reificación del individuo se da desde otras bases, no desde la separación del individuo de sus valores subjetivos en pro de la racionalización y mecanización de un sistema, sino en varios microsistemas, separados por las dificultades que hemos expuesto anteriormente y que concretamente fragmentan los valores cualitativos del sujeto en torno al nacimiento de un sistema capitalista donde él se ve oprimido y sus valores subjetivos se ven atomizados de forma local en tal microsistema. Dicho de otro modo, la reificación en Colombia durante el periodo de 1850 a 1870 se pretende operativamente no en torno a un sistema capitalista industrial, sino de acuerdo con un modelo de capital protomercantilista que conserva relaciones feudales¹⁷ entre los dueños de las tierras (burguesía en el capitalismo acabado) y los arrendatarios de haciendas o trapicheros (clase obrera en el capitalismo).

De tal manera que, para entender la reificación en términos de fragmentación del individuo, es necesario dar claridad acerca del papel de la fragmentación como estructura del sentir. Raymond Williams en su obra *Marxismo y Literatura* (1977) propone una categoría conceptual que permite

¹⁶ La cosificación opera con mayor naturalidad en un sistema industrial y mecanizado porque de acuerdo con Lukács: “cuanto más aumentan la racionalización y la mecanización del proceso de trabajo, más pierde la actividad del trabajador su carácter de actividad y se convierte en actitud *contemplativa*” (Lukács, 1970, 116)

¹⁷ El narrador de *Manuela* relata la situación de los trapiches de la siguiente manera, para brindar contexto a lo que aquí se refiere: “Los contornos de esta fábrica del Retiro harían reventar de pena el corazón de un radical. [...] Las tres razas, a saber, la africana, la española y la india, con sus variedades, se encuentran allí confundidas por el tizne, la cachaza, los herpes y la miseria, de tal manera, que no son discernibles ni aún por un norteamericano que es cuanto pudiera decirse: tal es la degradación de los proletarios del trapiche del Retiro” (Díaz Castro, 1858, p. 44)

a la crítica literaria materialista expresar las descripciones y análisis de la cultura y la sociedad dinámicamente en el tiempo. Para Williams uno de los problemas principales consiste en que dichos análisis se refieren a hechos del pasado como si fueran eventos históricos acabados (Cf. Williams, 2000, p. 150) entonces las estructuras del sentir funcionan dentro de la revisión histórica o cultural como una relación entre lo social y lo individual, trabajando simbióticamente para tratar de revelar lo inherentemente consecuente del pasado en los individuos y las instituciones del presente:

Si lo social es siempre pasado, en el sentido de que siempre está formado, debemos hallar otros términos para la innegable experiencia del presente: no solo para el presente temporal, la realización de esto y de este instante, sino la especificidad del ser presente, lo inalienablemente físico, dentro de lo cual podemos discernir y reconocer efectivamente las instituciones, las formaciones y las posiciones, aunque no siempre como productos fijos, como productos definidores. Entonces si lo social es lo fijo y explícito –las relaciones, instituciones, formaciones y posiciones conocidas- todo lo que es presente y movilizador, todo lo que escapa o parece escapar de lo fijo, lo explícito y lo conocido, es comprendido y definido como lo personal: esto, aquí, ahora, vivo, activo, “subjetivo” (Williams, 2000, pp. 150-151).

Es así como la afirmación del crítico y teórico inglés da la puntada inicial en la construcción de una nueva forma de afirmar desde la crítica. La historia y los eventos del pasado no se observan como eventos acabados, como entes inmóviles que son analizados desde la distancia del presente y únicamente se fijan a la coyuntura de la época que ya fue transcurrida, son sociales puesto que son ambivalentes: son las relaciones y las instituciones, lo establecido en la inalterabilidad del pasado, y puesto que son explícitas están fijas. A su vez, son móviles en su interacción con el individuo y lo personal. Es decir, las estructuras fijas del pasado (instituciones, relaciones, formaciones y posiciones conocidas) son dinámicas y se relacionan desde la subjetividad del individuo presente, vivo, y activo; esta interrelación en los análisis y descripciones está dada en las condiciones del “sentir” del individuo que a su vez afecta las relaciones de lo social en el presente.

De esta forma, es plausible pretender que la reificación se haya manifestado como un fenómeno del carácter individual colombiano en el periodo estudiado en términos de fragmentación subjetiva del mismo. En primer lugar, por las ideas expresadas con anterioridad por Lukács referentes a la fragmentación. En segundo lugar, porque la conceptualización de las estructuras del

sentir manifiesta que para los análisis materialistas “es la reducción de lo social a formas fijas lo que continúa siendo el error básico [...] El error consiste en tomar los términos de análisis como términos sustanciales” (Williams, 2000, pp. 151-152) Esta visión un tanto determinista impide en el análisis, que las formas sociales fijas interactúen de modo plausible con los eventos del individuo en el presente. Por lo tanto, cuando la reificación se considera en sus modos como un término sustancial, se apela a la fijación de su operatividad como expresión del pasado y de la inmutabilidad de ella misma en su contexto acabado. Al contrario, de acuerdo con las estructuras del sentir esta posición conocida, su institución y la condición de producto definidor se entrelazan con las condiciones efectivas del ser individual presente y que terminan convirtiéndose en conciencia social. De otra manera es como lo expresa el mismo Williams: “[...] Se convierten en conciencia social solo cuando son vividos activamente dentro de verdaderas relaciones y además en relaciones que son algo más que intercambios sistemáticos entre unidades fijas” (Williams, 2000, pp. 152-153).

Si asumimos que la conciencia parte de una experiencia individual y se mezcla con la participación de los individuos en lo que constituyen como una sociedad, la conciencia es por tanto una experiencia social. Se observa en la idea anterior un estiramiento de la idea propuesta por Williams en tanto que la interrelación de las formas fijas con la experiencia individual se convierte en una unidad fija en sí misma cuando esta adquiere conciencia práctica en el presente social. Las unidades fijas del pasado parecen perder su rigidez ahora, y se tornan manipulables a la experiencia del presente, pero se convierten en algo más que la mera manipulación de sus formas, se moldean las nuevas significaciones del pasado en torno a una experiencia vivida dentro de la conciencia individual y social del presente, y por tal motivo, conceptos o instituciones antes fijas, como la reificación se vuelven plausibles dentro de la explicación del comportamiento social, político y económico de un sistema como el colombiano del siglo XIX. En otras palabras, la reificación parece ser posible como fragmentación subjetiva del individuo, explicada como estructura del sentir, lo cual es el síntoma del cambio de un modelo económico casi feudal a uno protocapitalista.

Según el anterior horizonte conceptual, se abre un camino en el análisis tanto de las obras como de sus significados subyacentes, dado que entendiendo la reificación como fragmentación subjetiva individual, desde la perspectiva de las estructuras del sentir, se ejerce una conciencia práctica que pareciera desdibujar las dudas restantes sobre la operatividad del concepto, aun cuando inicialmente parece contradictorio o forzado puesto que “la conciencia práctica es lo que

verdaderamente se está viviendo, no sólo lo que se piensa que se está viviendo” (Williams, 2000, p. 153). Admitir esta observación puede ser admitir entonces que la estructura es a su vez una experiencia, y en este caso, significa que vivir o repetir eventos no acabados en las formas fijas del pasado, desbloquea la resignificación de dichas formas, tal como la reificación para efectos de este análisis.

Llegados a este punto, resulta perfectamente comprensible observar la manifestación de dichas estructuras del sentir dentro de las obras literarias citadas en este análisis. Es necesario apuntar que para Williams las estructuras del sentir merecen especial relevancia en el campo del Arte y la Literatura:

La hipótesis presenta una especial relevancia con respecto al arte y la literatura, donde el verdadero contenido social, en un número significativo de casos, de este tipo presente y efectivo, y sin que ello suponga pérdidas, no puede ser reducido a sistemas de creencias, instituciones o a relaciones generales explícitas, aunque puede incluir a todas ellas como elementos vividos y experimentados, con o sin tensión, del mismo modo que obviamente incluye elementos de la experiencia social o material (física o natural) que puede situarse más allá de, o hallarse descubierta o imperfectamente cubierta por, los elementos sistemáticos reconocibles en cualquier sitio (Williams, 2000, p. 156).

Dicho lo anterior, es permitido suponer que, en el campo de la interpretación de una obra literaria, las estructuras del sentir brindan un apoyo metodológico, en tanto que el contenido social representado en el espacio de la narración, puede condicionar el sentido interpretativo de un lector implícito a pesar de que se pueda entender como una lectura forzosa o que bien, indique la aparente reducción de tal interpretación a formas fijas. Por el contrario, la consideración de las estructuras del sentir dentro del campo interpretativo literario, libera de las cargas fijas a las instituciones y abre una nueva serie de proposiciones interpretativas en tanto que dichas formaciones, posiciones establecidas e instituciones pueden entrar, o no, en tensión con la experiencia vivida en el pasado o en el sentir del ser presente y, en consecuencia, arrojar nuevos sentidos de significación sobre la conformación política, económica o social situados, bien sea en los elementos sistemáticos reconocibles de la experiencia social (fija) o en el espacio de la enunciación de una obra literaria, tal como en el caso de *Manuela* y *Dolores*.

Al observar los casos que aparecen dentro de *Manuela*, se hace más claro tratar de evidenciar los puntos a los que se refiere la interpretación crítica que referimos con antelación.

Apenas comenzando el relato podemos observar con detalle la problemática y paulatina transformación económica del valor de uso al valor de cambio. La disparidad del modelo económico propuesto en el escenario de la narración y el asomo de la contradictoria realidad del sistema imperante en aquel contexto histórico:

— ¡Yo no acostumbro a cargar nada de comida, mi hija!

— Pues entonces, aguante.

— ¿Y llevando condores?

— ¿Qué son condores?

— Monedas de oro del valor de doce pesos y medio.

— ¿Y con qué pagábamos tantos *trueques*? ¡Ni con todo lo que tenemos en el rancho!

¡Ave María! (Díaz Castro, 1858, p. 11)

Si tenemos en cuenta la cita anterior y se retoma la primera referencia sobre el tema en cuestión, es posible colegir: primero, cuando Don Demóstenes está llegando a la parroquia, la posada del Mal abrigo, pensando que las posadas son iguales a las que existen en Estados Unidos, pide alimentos y como no hay, pregunta si es posible comprar algo de comer, a lo que Rosa responde, indirectamente al lector, que en la parroquia todavía existe un sistema de intercambio de productos (p.11). La comparación de las dos situaciones permite observar que dentro de la representación social de *Manuela*, desde el comienzo, el lector puede inferir algunos factores socio-económicos subyacentes que indican la reificación en términos de la fragmentación derivada por los fenómenos mercantiles que suscita aquel protocapitalismo insinuado al inicio de este capítulo y que, alegóricamente, representa la mente de la quimera colombiana aferrada a la escala de los valores subjetivos desde una perspectiva económica. Si bien es cierto que, en principio, se reconoce una tímida transición hacia un medio de cambio, o mercancía; los productos siguen manteniendo su valor de uso y, en consecuencia, la introducción de un sistema basado en el intercambio de valores de cambio no se ha efectuado por completo. Don Demóstenes sigue siendo la representación de los valores europeizantes y de los principios metropolitanos, en este caso ya desde la visión económica. A medida que avanza el texto se percibe como los principios del liberalismo están destinados al fracaso dentro del espacio de la narración, a su vez que, el personaje de la metrópoli caracteriza la encrucijada del individuo desorientado por un sistema de valores que van en contravía con la experiencia vivida por los demás habitantes de la parroquia y su propia fragmentación subjetiva social, dada por las estructuras económicas cambiantes de la época. De

ahí que la fragmentación se dé en dichos personajes desde una perspectiva no solo política, sino también económica, y que cuando menos, puede ser interpretada de esta manera de acuerdo a la estructura del sentir en el escenario construido en la obra. Los ejemplos continuarán demostrando que los individuos dentro del espacio literario están sometidos a una relación de patronazgo casi feudal, y que la alienación proviene tanto de las razones expuestas en el primer capítulo de este ensayo, como de la imposibilidad de fracturar aquella reificación sectorizada.

De manera similar, aparece de nuevo Demóstenes. El bogotano explica al cura de la parroquia que el ideal económico del Gólgota es la “abolición de monopolios, de división de los grandes terrenos, de igualdad fraterna, de trabas a los ricos, de aliviar al menesteroso con lo sobrante del avaro [...]”¹⁸ (Díaz Castro, 1985, p. 31). Con todo y el aire revolucionario de este enunciado es claro que se yergue la posición de la élite bogotana pequeño burguesa. Una posición fija; un diálogo que comparte la experiencia vivida del pasado, tal como la revolución rusa, se suscita en un contexto muy anterior, en otro continente y que, en contraste con la visión de una manifestación fija, permite explicar los inicios de un discurso que se puede inferir dentro del espacio de la narración de *Manuela*.

2.2 El favor, nueva manifestación quimérica del cotidiano socio-económico decimonónico

Continuando con el ejercicio taxidérmico propuesto en este texto, se deja ver otra parte de la quimera: la disparidad del modelo económico pretendido versus la realidad de las relaciones entre las partes que componen la economía colombiana. Un ejemplo que se ocupa del Brasil, pero que indefectiblemente está conectado con el propio territorio colombiano y, que traza el cambio de modelo en la estructura económica decimonónica resultante en el principal síntoma de la fragmentación individual, observada también como estructura del sentir. Lo sintetiza de esta forma Roberto Schwarz:

Esquematisando, puede decirse que la colonización produjo, sobre la base del monopolio de la tierra, tres clases de población: el latifundista, el esclavo y el “hombre libre”, en realidad dependiente. Entre los primeros dos la relación es clara; es la

¹⁸ Así también lo deja ver el crítico literario brasileño Roberto Schwartz en su artículo *Las ideas fuera de lugar* donde explica la problemática que acá se viene desarrollando: “. Era inevitable, por ejemplo, la presencia entre nosotros de la racionalidad económica burguesa –la prioridad del lucro, con sus corolarios sociales– dado que esta predominaba en el comercio internacional, hacia donde nuestra economía se orientaba. La práctica permanente de las transacciones instruí, en ese sentido, cuando menos a una pequeña multitud. Además habíamos logrado la Independencia hace poco, en nombre de ideas francesas, inglesas y americanas, variadamente liberales, que de ese modo hacían parte de nuestra identidad nacional” (Schwarz, 2014, p. 3).

multitud de los terceros la que nos interesa. Ni propietarios ni proletarios, su acceso a la vida social y a sus bienes depende materialmente del *favor*, directo o indirecto, de un grande. [...] El favor, punto por punto, practica la dependencia de la persona, la excepción a la regla, la cultura interesada, la remuneración por servicios personales (Schwarz, 2014, p. 4).

La transformación del colonialismo durante los procesos independistas de las naciones latinoamericanas hacia las nuevas repúblicas que se constituyen durante el siglo XIX, dan inicio a la sustitución de la relación del modelo económico colonial, que dependen, antes y en gran medida, de la fuerza de trabajo esclava; ahora sustituidas por un precepto de libertad del hombre, dependiente, que no contraviene las ideas liberales bajo las cuales se circunscriben estas naciones (Colombia incluida) pero, que en la práctica, permiten mantener un dominio sobre el entramado del territorio a través del arrendamiento de tierras (el favor) y un salario bajo la “garantía del cumplimiento del derecho”. *El favor* se entiende desde la perspectiva de las estructuras del sentir, como un término modernizador que, eventualmente, perpetúa las condiciones de tratamiento social coloniales y, jerarquiza en un nuevo orden a los hombres libres que, no son compatibles con la visión esclavista previa a la independencia de las jóvenes repúblicas liberales latinoamericanas. Mario Rodríguez comunica esta mirada de la cosmovisión socio-política:

“Así, las ideas liberales que debían llevar a una crítica de las relaciones de favor, les sirven de sustento o, más exactamente, de “aparente” sustento: les dan la “apariencia” de relaciones racionales y modernas [...] Al ser resultado de la armonización de términos “heterogéneos”, “incompatibles”, la figura generada —la razón ilustrada al servicio del favor, ideas liberales en una sociedad esclavista— crearía la sensación de disparate, de despropósito, de artificialidad, es decir, de “ideas fuera de lugar” (Rodríguez, 2014, p. 4).

Esta sensación disparatada de la que habla Rodríguez, personifica la alegórica imagen de la quimera que se ha retratado en este texto. La importancia del favor como término dentro del análisis radica en el autoreconocimiento consciente del presente experimentado, en razón de las formas fijas pasadas, con motivo de encontrar un mecanismo para tratar de darle fin a ese sentimiento de artificialidad. Así, “El fin de la sensación pasaría necesariamente, entonces, por una crítica al capitalismo y por un reconocimiento de los desajustes que este crea a nivel global” (Rodríguez, 2014, p. 7).

Ahora frente a lo planteado, la carencia pasada de una posición crítica y las imposibilidades individuales y colectivas mencionadas con anterioridad se revelan ante el lector en el espacio narrado de las novelas por medio del rol de los hacendados de la parroquia y los arrendatarios de las haciendas: unos representan la contraposición del modelo protocapitalista planteado por la élite metropolitana y su enfrentamiento fracasado contra las realidades en la economía del campo, es decir, el cambio de paradigma del esclavo al hombre libre dependiente; y los demás representan tanto este modelo como al individuo reificado en su microsistema, atomizado en sus valores subjetivos a favor del mantenimiento de un sistema bajo el cual es oprimido inconscientemente. Es visible dentro de *Manuela* la caracterización de este fragmento de la anatomía quimérica. En una conversación sobre peones que mantienen los hacendados Cosme y Blas:

— ¿Y qué tal de peones? —le preguntó don Cosme a su comprofesor.

— Me llueven —le dijo don Blas.

—A mí se me iban escaseando; pero le mandé picar el rancho a un arrendatario que se me estaba altivando, y temblando o no temblando, están todos ahora obedientes. No hay cadena tan poderosa como la de la tierra... Me obedecen de rodillas el día que yo quiera. Porque figúrese usted que les arrendáramos aire, así como les arrendamos a tierra que les da el sustento ¡con cuánto mayor respeto nos mirarían estos animales!
(Díaz Castro, 1858, p. 49).

De acuerdo con el pasaje anterior se expresa la transformación paulatina, aunque visible, del cambio paradigmático del modelo económico. Aunque la relación de esclavismo ya no es en apariencia operativa dentro del territorio colombiano, la realidad es que los propietarios de las grandes extensiones de tierra mantienen una relación casi feudal con sus “proletarios” a cambio de arrendar un espacio dentro de sus haciendas en los cuales ellos pueden establecerse y organizar cultivos que les permiten administrar cierta libertad en el sistema económico, lo cierto es que nunca alcanzarán a convertir sus productos en mercancías que produzcan algo diferente al valor de uso que intercambian con los demás habitantes de la parroquia, además de esto ellos producen a través de su fuerza laboral, ganancias para su patrón que le permiten, a él sí, establecer una transformación del producto en medio de cambio y comerciar con otros territorios diferentes al micro sistema regional que aísla a los individuos de la base. De manera semejante a lo observado en el ejemplo anterior, esta fragmentación del individuo, su incapacidad de ejercer su voluntad consciente en el ejercicio vinculante de la nación y su ausencia de participación, también consciente, en la

transformación del modelo económico implican que dentro de su experiencia vivida, el sujeto decimonónico aparezca ante los ojos del lector actual como un individuo, y por tanto, una sociedad reificada. Esta visión se ampara en el análisis del comportamiento de las series fijas con respecto al presente vivido, la cual parece demostrar la inhabilidad del individuo colombiano del pasado por analizar de forma crítica su propia historia y presente vivido dinámico, lo que concluye en el sometimiento inconsciente al orden hegemónico establecido, ya sea por sus condiciones históricas o por las imposiciones del modelo económico que imperaba en el siglo XIX, como veremos a continuación para ilustrar mejor este punto:

Por eso yo no quiero sembrar sino unas cuatro matas de maíz. Para quitarle la estancia a uno no faltan pretextos: a Juan Antonio Gómez lo echó su patrón de la estancia porque no le dijo *amo*, un día delante de unos señores. A mí me quitó don Leocadio una estancia porque no quise mandar a Paulita al trapiche (Díaz Castro, 1858, p. 330).

Con relación al fragmento de la obra presentado anteriormente, es verosímil pensar que la imposición del modelo económico, al menos en el espacio del enunciado, fracasa. Las condiciones expresadas a lo largo de este apartado han pretendido dar claridad sobre las estructuras económicas que intentó insertar una élite cultural, social y económica para el territorio colombiano, y el choque frontal que queda representado en esta literatura con respecto a la experiencia vivida y a una transformación económica que imposibilitó sus pretensiones, con sus complejidades adicionales ya mencionadas.

Adicionalmente, la perpetuación de este sistema del *favor* aparece sustentada en el final de la novela. Los intentos de don Tadeo, adalid de la fuerza contraria en el sistema económico, no así en el político debido a su inclinación a mantener el *favor* como una forma de dominación entre los habitantes de la parroquia, no surten ningún cambio y, paradójicamente, es exiliado por la élite parroquiana representada por Demóstenes y los hacendados quienes, a través de la ley de la Confederación, logran despojarlo de su posición política en el territorio. Así pues, que la ley queda clara, y la ironía del fracaso de la élite se revela: aunque Demóstenes promulga ideas de libertad, en la práctica defiende el *status quo* señorial que lucha por acabar muy a su pesar, como acá se ve:

— ¿Y las leyes de policía? —preguntó don Demóstenes.

— Aquí no hay más leyes que los mandatos del dueño de tierras; porque si él quiere, le manda a Dimas que venga y pique las ramas y las haga para un lado del camino,

amenazándolo con echarlo de la tierra, si no lo hace, y por la picardía lo hace trabajar una semana, pagándole, se entiende, sus jornales.

— ¡Feudalismo! ¡Feudalismo!

— Pero ya ve usted la ventaja; y que don Cosme es liberal.

— Pues es un señor feudal liberal, como creo que hay algunos en el distrito (Díaz Castro, 1985, pp. 82-83).

Finalmente, Demóstenes representa en el escenario de lo narrado la inaplicabilidad y el fracaso del ideal liberal político y económico. Las problemáticas sociales de los individuos que habitan la ruralidad permiten inferir que tanto la aparición y persistencia del *favor* como el choque entre el ideal liberal y la experiencia vivida del colectivo rural colombiano, así como expresión de una política y economía señorial, reifican a los individuos (en tanto fragmentación subjetiva) y pone en crisis un modelo económico protocapitalista que no dialoga con los modos de vida casi feudales del poscolonialismo neogranadino.

2.3 La última extremidad de la quimera: Manuela y Dolores como representación del fracaso nacionalista de la élite

En este último apartado se completa la figura metafórica de la quimera. La literatura establecida en torno a la migración de ideas, por lo cual *Manuela* y *Dolores* son en este caso específico, las representaciones en las que se dibujan los límites del desarrollo ideológico propuesto por la hegemonía, pero a su vez, son la representación del fracaso que queda expuesto en estas páginas. La idea del liberalismo heredero de Europa y que se pensaba como lo describe Jaime Jaramillo Uribe:

Vemos el gobierno centralizado, interviniéndolo todo y ahogando la iniciativa individual, la intolerancia en materias políticas y religiosas, la renuencia a tomar contacto con el extranjero, el espíritu del conquistador, forjado en siglos de guerrear continuo; impermeabilidad a las ciencias modernas y una política de separación de clases que creó complejos de odio e inferioridad y otras manifestaciones de disgregación social, contra cuyos efectos debían comenzar a luchar las nuevas repúblicas (Jaramillo, 1964, p. 63).

La posición del liberalismo metropolitano no distaba mucho de lo expuesto en la cita previa, si bien es cierto que el ciudadano neogranadino podría llegar a gozar de cierto grado de libertad, los requisitos sociales y económicos eran tales que se reducía a un puñado de individuos que, en

efecto, luego dirigieron los destinos del territorio, de la misma manera que la junta de notables de *Manuela*. La separación de clases pareciera no poder evitarse porque ninguna persona dentro de la parroquia cumplía con los requisitos establecidos por el sistema para gozar de los beneficios de las iniciativas individuales que promulgaba el liberalismo metropolitano. Los personajes dentro del espacio narrado que proponen una perspectiva de todo lo expuesto en este ensayo son las propias protagonistas de ambas obras. Manuela y Dolores representarían las dos caras de la moneda y la última extremidad de la quimera nacional: Una simboliza el fracaso de la implementación de la ideología traída de la ciudad y la otra señala la herencia ideológica europeizante establecida en los centros urbanos de la república. Cabe mencionar que ambos personajes actúan a su vez en el escenario de la narración como las figuras de los individuos que escapan a la reificación y ejercen la libertad conscientemente para circunscribirse como parte de la nación: el sujeto¹⁹ crítico.

El papel del sujeto crítico es fundamental para entender los mecanismos de ruptura contra un sistema reificado. En un modelo de sociedad donde los individuos son los dueños de sus destinos en términos psicológicos, económicos y políticos, los valores cualitativos de ellos no se atomizan, no entregan su visión del mundo al sistema, sino que convergen con este y lo transforman de forma libre. Es lo que Said expresa como la crisis; parafraseando a Lukács esta se percibe como la “suspensión de aquellas leyes, sin que el entendimiento cosificado sea capaz de descubrir un sentido” (Lukács, 1970, p. 310):

Es entonces, en semejante tesitura, cuando la mente o el “sujeto” encuentra su única oportunidad de escapar a la reificación: estudiando detenidamente qué es lo que produce que la realidad parezca ser solo una colección de objetos y de *données* económicos. Y el acto mismo de buscar el proceso que se esconde tras lo que aparenta estar eternamente dado y objetivado permite que la mente se conozca a sí misma como sujeto y no como un objeto sin vida (Said, 2008).

Después de que el sujeto lleva a cabo esta reflexión acerca del sistema reificado en el que está inmerso, es cuando se da la consciencia, que en palabras de Said significa algo que “va más allá de lo dado empíricamente y comprende, sin experimentarla realmente, la historia, la totalidad y la sociedad como un todo; precisamente aquellas unidades que la reificación había ocultado y negado” (Said, 2008, p. 311). La protagonista homónima de *Manuela* es la representación de la

¹⁹ Recordemos que, desde la perspectiva de Lukács, la interpretación de su marxismo se da entendiendo la relación de Marx con la filosofía de Hegel, por tal motivo, para efectos de esta reflexión, el sujeto se entiende como el “intelecto”.

crisis del sistema. Ella refleja el ejercicio del sujeto por reflexionar sobre su sistema y traza la ruta individual en el camino de su desfragmentación en el sistema. Puede que sea a través de sus conversaciones con Demóstenes, pero al inicio de la novela, cuando Manuela hace su primera aparición se puede ver por la forma en la que todos los personajes se expresan sobre ella, y ella misma en sus diálogos, que no es otra parroquiana más, sino que goza del aspecto crítico que se propone párrafos arriba y que dotan al sujeto de la consciencia crítica; aquello legitima la voz del individuo y, a partir de un momento en la obra, Manuela se convierte un actor político dentro de la representación narrada de la nación en la parroquia:

— En todo este distrito parroquial nadie sabe qué cosa son las elecciones, ni para qué sirven, ni nadie vota si no le pagan o le ruegan o le mandan por medio de la autoridad de los dueños de tierras o del gobierno. Yo gastaré unas botellas de aguardiente, y con esto ganaré o compraré la mayor parte de los votos; deje usted y verá (Díaz Castro, 1985, p. 273).

Con todo, lo trágico del final de Manuela, su asesinato a manos de don Tadeo, no es otra cosa que la puesta en escena del fracaso del individuo crítico y de la transmisión del ideal puesto en tela de juicio a través del propio Demóstenes. La mujer representa a la nación, Manuela representa justamente la nueva nación y su muerte en cuanto personaje, es la inmolación de lo más prístino y deseable, con lo que la nueva nación debería empezar a construirse, la república ofrecida desde la ciudad, con la introducción al mundo del libre mercado y la igualdad en un sentido jurídico y político. Eugenio Díaz construye, tal vez inconscientemente, una narración del estado del país en el que habitó y el fracaso de una visión que no era compartida por fuera de los centros intelectuales y ricos de la urbe neogranadina. De esta manera podemos inferir que *Manuela* tiene elementos dentro de su estructura que corresponden a la intención de su autor por tratar de representar de manera “realista” las condiciones y contextos del país y sus habitantes, en palabras de Flor María Rodríguez:

Estos autores se propusieron mostrar su mundo, mediante representaciones realistas de la sociedad, de los tipos, de las estructuras y de las leyes que la regían; pero no se contentaban con que sus textos fueran un espejo de lo local; así, la literatura se caracterizó por la fina observación de la realidad y el descubrimiento de las estructuras ocultas que querían seguir manteniendo el “status quo” establecido. En su búsqueda

para proporcionar leyes generales, el realismo muchas veces fue más allá de lo inmediato, para describir al máximo lo que podía (Rodríguez, 2011, p. 35).

En su estrategia narrativa Eugenio Díaz representa en el personaje de Manuela las estructuras nuevas de poder que fracasan y la nueva identidad quimérica nacionalista asumida desde el sujeto consciente de su participación en la construcción de una nación. El recurso de autores como Eugenio Díaz e incluso como Soledad Acosta de Samper fue que “Para esto, representaron un narrador omnisciente que describe y comenta los hechos desde su particular punto de vista subjetivo que se localiza dentro de los sucesos y de los personajes involucrados. Del mismo modo, mostraron al “otro”, no como diferente o extraño, sino como inmediato y presente, como parte de la vida cotidiana” (Rodríguez, 2011, p. 35).

En un mismo sentido y complementario a la posición de Rodríguez, el crítico literario español, Darío Villanueva, es enfático en sus consideraciones sobre el realismo literario, la categorización de esta manifestación narrativa y estética no es la mera descripción más realista posible de las condiciones y efectos del sistema inmerso en la sociedad, sino que lo verdaderamente importante será lo propuesto de la siguiente manera:

Encontrar una concepción del realismo en literatura que alcance un punto de equilibrio entre el principio de la autonomía de la obra literaria frente a las determinaciones de la realidad y las indudables relaciones que aquella mantiene con esta, sin las cuales la literatura no desempeñaría el papel de institución social que auténticamente cumple, y perdería con toda certeza el interés que mueve a los lectores de todas las épocas a acercarse a ella. (Villanueva, 1990, p. 180).

Dicho de otro modo, la búsqueda expresada en la literatura realista por mantener la función social desempeñada por esta, debe estar guiada a través del reconocimiento consciente de la libertad que la obra narrada mantiene frente al determinismo de la realidad circunstancial, y que incluso cuando se apela al recurso estético de contar eventos paralelos a los categorizados por la historia como acontecimientos verídicos, la obra literaria aboga por el equilibrio dentro del espacio narrado entre la realidad determinista y la relación de la literatura como institución social así como objeto estético dentro de la misma realidad. Así pues, es plausible postular que tanto *Manuela* como *Dolores* corresponden en el criterio de este ensayo a una literatura realista, tanto por la fina observación de la realidad y la descripción detallada que se enmarcó en el llamado costumbrismo,

como por el giro de tuerca que revela la posición crítica de Rodríguez y Villanueva, donde la aguda observación y narración del espacio y la vida son además alegorías cargadas de intencionalidad sobre el estado de las cosas y las personas en un contexto dado por las obras, en un constante equilibrio entre el entendimiento del autor implícito de su realidad determinada y la comprensión del lector implícito de las relaciones de las obras con la realidad de su tiempo y la función social inherente de la obra en sí, debido al “proceso de donación de sentido que el lector emprende a partir de las unidades semánticas y de las objetividades representadas” (Villanueva, 1990, p.185).

Por tal motivo, tanto en un sentido interpretativo como en una visión crítica de la propuesta estética realista, el enfrentamiento del lector con la obra provoca el cierre de toda la estructura interpretativa de la siguiente manera:

La diferencia fundamental entre una obra de arte literaria y sus actualizaciones es que en estas se concretan los elementos potenciales y se completan las “lagunas” o vacíos de indeterminación de aquella. Los valores artísticos, pertenecientes a los diversos estratos, son algunos de esos elementos potenciales, y su productividad estética depende en gran medida del sistema de relaciones que se establezcan entre ellos, es decir, la armonía cualitativa equiparable a la *Gestalt* o, en otra terminología, la estructura (Villanueva, 1990, p. 186).

De acuerdo con lo planteado anteriormente, la concretización del valor interpretativo de las obras como una narración realista, posibilita la dotación del sentido manifestada a lo largo de este texto para ambas novelas. Esta postura devela una fragmentación entre la visión de una Colombia urbana y una rural, y todo queda expresado por la misma Manuela en el siguiente apartado: “Lo que me pesa es que usted no sea consecuente en lo que hace con lo que dice, porque usted nos relata siempre cosas muy nuevas y muy bonitas, y luego salimos con que usted es el primero que no las cumple. La gracia está en ser liberales *de veras* como yo” (Díaz Castro, 1985, p.341).

Otro elemento dentro del recurso estético de la narración es la aparición de la premonición trágica al final de la obra, cuando Manuela le dice a Pía que no se desea casar el 20 de julio. Durante el matrimonio, don Tadeo prenderá fuego a la iglesia y en medio del caos Manuela muere en los brazos de Dámaso, su prometido. Se sabrá destacar entonces que con la muerte de Manuela, muere un proyecto de nación, de la misma forma que la muerte de Dolores representa la muerte del sujeto crítico en la metrópoli. Para el caso de *Dolores* la enfermedad y la muerte auspician una reflexión

sobre el estado de los sujetos y la fragmentación evidenciada de la nación desde la perspectiva de la ciudad y la élite.

La instancia narrativa implica al lector en el postulado de que el territorio en el que se desarrollan los eventos del mundo de lo narrado está vinculado al deseo nacionalista de unir a los territorios bajo una misma bandera económica y política con tintes liberales y de economías libres:

Forzoso es confesar que N*** no era sino una aldea grande, no obstante el enojo que a sus vecinos causaba el oírle llamar así, pues tenía sus aires de ciudad y poseía en ese tiempo jefe político, jueces, cabildo, y demás tren de gobierno local. Desgraciadamente ese tren y ese tono le producían infinitas molestias, como le sucedería a una pobre campesina que, enseñada a andar descalza y a usar enaguas cortas, se pusiese de repente botines de tacón, corsé y crinolina (Acosta de Samper, 1867, p. 3).

La representación en *Dolores* apela justamente a la aceptación de los valores hegemónicos en la sociedad neogranadina, no a su discusión, por lo cual los personajes que hacen parte del mundo ficcional en *Dolores* están por completo reificados, aun siendo parte de una población privilegiada que gozaba de educación y que ejercía su inscripción en la concepción vigente de la nación de manera consciente. El papel que parecen cumplir los personajes dentro de *Dolores* es dar a entender la posición, presumiblemente de la autora, sobre las condiciones sociales manifestadas a través del papel de la mujer en la sociedad urbana decimonónica; narrar las realidades sociales y transmitir las ideas, a sabiendas de que estas podrían fracasar en la adherencia del sistema ideológico colectivo. Mientras, Eugenio Díaz puede ser considerado como un autor mucho más apegado a la construcción ideológica nacionalista, con respecto Soledad Acosta de Samper; no obstante, en opinión de Flor María Rodríguez, es posible reconocer que la participación de la autora en la construcción nacional es importante, pues ella con la construcción novelesca: “también contribuía a la revolución narrativa del Realismo; sus textos, sin embargo, ofrecen una serie de estrategias narrativas alternativas; esas obras comparten una temática común, enfocándose casi exclusivamente en los males que las mujeres experimentan a causa de un orden social corrupto que las hace sufrir por diferentes causas y en distinto grado”. (Cf. Rodríguez, 2004, p 69). Dicho ‘orden social corrupto’ está expresado en la narrativa de la obra de Acosta mediante el enajenamiento de la protagonista. Su condición social es una declaración desde la literatura de la posición política y el fracaso de la imposición nacionalista eurocéntrica e ilustrada en la que los criollos cumplirían el papel civilizatorio. A partir del blanqueamiento de Dolores, resultante de su enfermedad, se ponen

de manifiesto problemáticas en las dinámicas de comportamiento social entre los adinerados de las ciudades versus la incapacidad de cohesión social y económica del pueblo en general. En este sentido, surge el agravante de un posible componente racial en la jerarquía del poder colombiano propuesto por Soledad Acosta de Samper en *Dolores* y que parece agudizar la fragmentación en la consolidación de un proyecto nacionalista hegemónico.

En consecuencia, habría que destacar la admiración que produce en su pretendiente, Antonio, el color de piel de Dolores: “es la cutis tan blanca y el color tan suave o como no se ven en estos climas ardientes” (Acosta de Samper, 1867, p. 2) exponiendo lo inusual de encontrar dicha cualidad en una persona criolla del pueblo, lo cual no es otra cosa que el reconocimiento de la identidad hegemónica en un sistema externo a ella. Esto sumado a la intención manifestada en la narración de perpetuar la distancia entre las personas blancas y las mestizas; la mezcla de colores en este caso no solo representa el derrumbamiento de las ideas nacionalistas basadas en un principio “dinástico” desde un sentido estrictamente racial, sino la negación completa de la posibilidad de acceso al poder por comunidades o sujetos que no estén organizados bajo el paradigma nacionalista propuesto por dicha élite blanca, europeizante y protocapitalista. Es así como Pedro, su primo, permite al lector darse cuenta de las intenciones de la tía Juana por casarlo con Dolores en un principio: “Dolores y yo comprendimos que el deseo de la buena señora era determinar un enlace entre los dos; pero la naturaleza humana prefiere las dificultades al camino trillado, y ambos procurábamos manifestar tácitamente que nuestro mutuo cariño era solamente fraternal” (Acosta de Samper, 1867, p. 2). El casamiento entre personas de su misma condición social, racial y económica revela la operatividad de estos fenómenos como una construcción en la identidad de la nación basado no en la inclusión voluntaria del sujeto a la nación, sino en la quimérica intención de promover una ideología bajo la cual uno de sus elementos constitutivos es que el derecho de gobernar los territorios y a los que lo habitan está determinado exclusivamente por quienes estén apropiadamente educados, pero que además pertenezcan desde el nacimiento al lugar donde habita el poder hegemónico: la ciudad y la herencia blanqueada de la sangre.

De cualquier manera, es importante mencionar que esta boda nunca se lleva a cabo o se pensó efectuar, así como ninguna otra de las pretendidas y descritas textualmente: Dolores con Antonio y Pedro con Mercedes. La importancia de que ninguna de estas bodas se efectúe radica en que se desmonta indirectamente la quimera de la construcción identitaria nacional basada en juicios raciales. Parece que los hechos se imponen sobre lo poético ficcional. Esto explica el que Antonio

logre casarse para el final de la novela con otra joven blanca de la capital; mientras que Pedro y Dolores, no lo logran. Al menos en ese sentido se evidencia el fracaso de esta postura, aunque queda claro que la presunta posición personal de la autora en esta concepción de la sociedad va de la mano con la perpetuación del gobierno elitista del siglo XIX; es indirecto el desmonte de esta quimera porque adicional al problema racial, existe otra arista justificada en la enfermedad de Dolores que revela una ironía en el interior de presumible de la postura ideológica de la autora: el aislamiento de Dolores por cuenta del lazarinero y su inmersión en el estudio por su parte, la desvincula del sistema reificado como individuo, a la vez que se desvanece su condición privilegiada en el sistema social colombiano decimonónico. El rompimiento de la condición reificada de Dolores queda mejor explicado después de compartir esta reflexión de Paula Andrea Marín:

Dolores, al descubrir cuál es la herencia —la lepra— Que recibe de su padre (un individuo criollo, blanco, letrado), decide aislarse para constituir su subjetividad sobre la base del proyecto letrado (la lectura, la escritura). Esta elección conlleva dos consecuencias: la doble exclusión social por elegir la escritura y por estar enferma, y la pérdida de su cuerpo público, su muerte social (Marín, 2012. p. 257).

Como vemos, Dolores representa los valores del individuo letrado que es consciente a un nivel subjetivo de las condiciones bajo las cuales está conformada la nación en sus aspectos económicos y políticos. Esto es a lo que se refiere Marín cuando alude a la herencia del padre, no solo a su privilegio económico y social heredado desde la cuna, sino al acceso a todo el capital monetario y cultural inherente a su color de piel, lugar de nacimiento y círculo social. De igual manera Marín se refiere a la incapacidad de sostener una ideología codificada en estos supuestos de raza y condición social, la enfermedad es la representación de su herencia blanca, pero también de la inevitabilidad del cambio en la conformación nacional, en el sentido en que el lazarinero destruye su privilegio o su “cuerpo social” como ella lo explica; porque para Marín es importante mencionar que este cambio en la visión ideológica del proyecto nacional y la inconformidad de la autora quedan expresados así: “La elección de Dolores como representante de los criollos es “invadir” el espacio de los “incivilizados”, aunque sin mezclarse con ellos” (Marín, 2012, p.259).

En su exilio, Dolores acaba por excluirse del sistema en el que por herencia está inmersa, mientras que su decisión de refugiarse en el crecimiento intelectual es un rechazo tanto a su condición de individuo social (hegemónico) como a su rol dentro de este sistema como mujer, y lo

que se espera para ella en su época. “De esta manera, emerge en el personaje una nueva forma de subjetividad en la que se cruzan la “civilización” y la “barbarie”; sin embargo, resulta claro que, a pesar de este cruce, es el proyecto letrado el que define esta nueva subjetividad” (Marín, 2012. p. 259) y por esta razón el exilio de Dolores, gracias a su enfermedad y a su decisión de refugiarse en el estudio, es la representación del individuo hegemónico decimonónico que pone en crisis la reificación de su subjetividad como individuo.

Por otra parte, es necesario mencionar que dentro de un sistema reificado también es posible encontrar subyugaciones múltiples en grupos más específicos (como en el caso de Dolores por ser mujer) y que encajan dentro del discurso de la quimera colombiana, así queda expuesto en igual medida dentro de *Manuela*: “Un cura metido en la política de la parroquia es como si una mujer se metiese a leer la recopilación granadina [...]” (Díaz Castro, 1985, p. 376). En esta línea también es necesario mencionar que Soledad Acosta de Samper no es una escritora para lectores provinciales, recordemos que hace parte de una élite económica y política, lo cual quiere decir que sus textos refuerzan el sentido ideológico propuesto desde la ciudad, así su punto de vista como intelectual no esté alineado con los intereses liberales propuestos durante este periodo histórico en Colombia:

En el caso de Dolores, una novela escrita en español con epígrafes y enunciados en francés, configura a un lector (o lectora) alfabetizado, bilingüe, y amante y conocedor de la literatura: es decir, a un lector perteneciente a las elites criollas letradas. Soledad Acosta de Samper escribe, pues, para los de su clase y grupo socio-cultural, no para los subalternos (indios, negros, pobres, analfabetos) que poblaban el país, quienes producían y consumían una literatura popular oral (Serrano, 2009, p. 112).²⁰

Y así mismo la posición ideológica es muy clara cuando Dolores le expresa a Pedro en sus cartas sobre la importancia de la instrucción intelectual, y el papel que tienen las virtudes del conocimiento cuando se accede al nivel social que habilita la dirigencia de asuntos políticos en el territorio, sin importar si se es mujer o no. De esta manera el autor implícito en *Dolores* realiza una apuesta por la introducción del individuo al espíritu ilustrado, lo que sumado a la reflexión de la estructuración política del país se ve como una propuesta racionalista para la Colombia dibujada

²⁰ De la misma manera otro ejemplo que sirve para entender lo propuesto por Serrano aquí lo expone Beatriz Sarlo con respecto a Sarmiento y su obra: “enfrentado con un poder que considera bárbaro, habitante de un espacio que todavía no es una república, se preocupa por las dimensiones simbólicas del mundo social entendiendo que las transformaciones culturales consolidan las victorias guerreras y políticas” (Sarlo, 2007, p. 18) la obra de Acosta de Samper se revela entonces como una herramienta simbólica o como un aparato cultural que transmite las transformaciones culturales que se consolidan en el campo de lo político a través de la literatura de su siglo.

por este autor implícito. Tal como lo demostró previamente Manuela, Dolores es la representación de la crisis del sistema en el sentido pedagógico y la necesidad de convertirse en sujeto crítico, con la diferencia de que, para el caso de Dolores, dicha formación se cumple a causa de su privilegio racial, territorial y económico –y agudizado debido al exilio por enfermedad- como consta en la siguiente cita:

Una noche había leído hasta muy tarde, estudiando francés en los libros que me dejaste: procuraba aprender y adelantar mis estudios, educar mi espíritu e instruirme para ser menos ignorante; el roce con algunas personas de la capital me había hecho comprender últimamente cuan indispensable es saber (Acosta de Samper, 1867, p. 15).

De esta manera se refuerza también la distancia entre las ideas liberales y las relaciones de subalternidad con los habitantes del campo, la relación no está explícita en la cita anterior, pero de acuerdo con lo observado en *Manuela* es posible dar cuenta de las diferencias y de la toma de distancia de la autora y la consiguiente representación del mundo en *Dolores*, las posiciones son más sutiles en comparación con la obra de Eugenio Díaz, pero es particularmente visible en el pasaje anterior el reconocimiento del saber cómo un bien fundamental para integrarse en la sociedad metropolitana, la ascensión de la aldea de N*** como una ciudad y el mencionado roce con personas de la capital, como elementos reveladores en la mente de Dolores; su posición es clara en cuanto al lugar que deben ocupar los individuos en la sociedad, comparte la idea quimérica de libertad e intelectualismo hegemónico expuesta por Demóstenes en *Manuela*. Sin embargo, es importante resaltar que para Acosta dicha libertad y carácter civilizador de los individuos en la nación solo es compatible si las relaciones de poder están mediadas y controladas por los individuos “aptos”. Acosta es sutil para dejar ver esta forma de pensar en su personaje (Dolores), no lo es tanto con otros personajes y sus dinámicas como lo serían Basilio o Pedro. La descripción de ciertos elementos o personajes por parte del segundo dan a entender la visión poco favorable de la autora sobre la incidencia de personas mestizas en las injerencias de los asuntos políticos de la nación; para Pedro, Basilio no posee legitimidad en los círculos sociales de la élite colombiana, lo que deja claro con el juicio que emite sobre él cuando relata quien es:

[...] entró de lleno en la política; pero aquí también lo aguardaban desengaños.

Sus antecedentes poco claros, su lenguaje acervo y mordaz y sus malas costumbres lo hicieron despreciable entre los hombres de algún valer en todos los partidos. No

pudiendo hacerse apreciar y admirar se hizo temible, y juró burlarse de la sociedad y vengarse de todos los que lo habían humillado (Acosta de Samper, 1867, p. 7).

Dentro de la narración Basilio representa la fragmentación ideológica de la nación, dado que si bien no posee los orígenes que para los personajes de la novela son aparentemente necesarios para ser receptores de legitimidad e influencia en los designios políticos y sociales del territorio, es un individuo que puede salir de la visión sectaria que domina al país en ese momento; siendo un “hijo de una pobre campesina” (p. 6) recibe el cuidado de un hacendado que lo educa y blanquea su origen a través de la educación: posteriormente, luego de la muerte del hacendado, Basilio “hereda” algún dinero de él y “haciendo alarde de su riqueza trató de introducirse en la sociedad distinguida, pero fue rechazado con desdén” (p. 6). De manera tal, que sin importar si una persona logra abrir camino a través de los mecanismos que la misma élite impone para ejercer voluntariamente la vinculación a la nación, la disposición misma no depende enteramente del individuo en cuestión puesto que, en este caso, Basilio no es reconocido por los depositarios del poder y la ideología, por cuestiones raciales. Esta demostración de desdén pareciera ser otra evidencia de la fragmentación a la que se ve sometida la idea de nación pretendida por la élite porque, en una consideración inicial ni siquiera alcanzando los parámetros económicos o sociales requeridos por dicha hegemonía para la circunscripción a la nación los demás miembros del colectivo nacional podrían acceder al sistema en una posición diferente a la de subordinados. No obstante, y a pesar de la contradicción que se dibuja en el entorno del espacio narrado, el autor implícito insinúa la inevitabilidad de la transformación del sistema político colombiano decimonónico. El matrimonio de Basilio y el exilio de Dolores se manifiestan como el relato del cambio y la admisión de la inoperancia del sistema aparentemente vigente en este periodo histórico. De un lado tenemos lo dicho anteriormente con respecto al matrimonio de Basilio con Mercedes, la percepción de Pedro sobre su irrupción en el círculo hegemónico metropolitano y la desavenencia de los “hombres de algún valer” no impiden observar que, de cualquier manera, Basilio logra romper algunos de los paradigmas raciales que normalmente hubieran prohibido a un mestizo casarse con una criolla. Con el matrimonio de Basilio se convierte en una posibilidad (remota) el ascenso político de las clases periféricas a través del blanqueamiento social por medio del matrimonio y del proyecto ilustrado, así como la admisión aparentemente inconsciente y a regañadientes por parte del autor implícito sobre la transformación del sistema ideológico colombiano del siglo XIX.

De manera complementaria a lo esbozado anteriormente, el exilio de Dolores puede ser tomado como la manifestación de la vinculación del sujeto ilustrado en el sistema del que reniega. La enfermedad dentro del espacio narrado parece responder a una postura de la desacralización del cuerpo y la desvirtuación de lo femeninamente bello en pos al otorgamiento de una voz política, a pesar del exilio. Esta toma de posición por parte del autor implícito que, en tanto metonimia, correspondería a Soledad Acosta de Samper caracteriza a la novela en el fondo como una representación de la voz política de la autora; el exilio es la excusa narrativa del espacio ficcional, pero lo interesante es observar que pese a que en la representación el personaje de Dolores pierde su voz al aislarse, es en el campo interpretativo donde es posible observar que la enfermedad y el volcamiento del personaje al proyecto ilustrado es, a su vez, la presentación de la voz política del autor implícito, permitiéndole al lector identificar las posiciones ideológicas y las posibles interpretaciones de la postura política que presumiblemente la autora quería difundir a través del aparato literario.

Por último y de forma complementaria. Vemos que Pedro, por su parte, sí goza de la legitimidad, la vinculación voluntaria al alma colectiva (hegemónica) de la nación y el privilegio de ser hombre, lo que -contrario a Dolores-, le permite a la autora “articular su propuesta ético-estética a través de la individualidad masculina y femenina, de acuerdo con sus posibilidades y límites en el siglo XIX” (Marín, 2012, p. 260). Dicho de otra manera, lo que Dolores debe callar en su representación, está puesto en la voz de Pedro. Por esta razón, en el relato, Pedro se permite realizar juicios de valor, de forma directa, como lo mencionado anteriormente con respecto a Basilio.

Así las cosas, la enfermedad y posterior muerte de Dolores se constituyen en la expresión del fracaso de la implementación del proyecto ideológico metropolitano y a su vez, explica la división ideológica del país en dos: la Colombia urbana y la rural. Una Colombia quimérica en la cual sus sujetos se encuentran reificados y que, salvo contados casos como el de Dolores, rompe dicha atomización de los valores subjetivos mediante un proceso de reflexión intelectual sobre el contexto histórico, cultural y económico. Esta incursión del individuo hacia la intelectualidad no es posible de alcanzar dadas las condiciones económicas, sociales o políticas exteriores a las que se ven sometidas las personas de las periferias en esos microsistemas aislados y reificados (para el caso colombiano). La vinculación de algunos sujetos al sistema hegemónico se lleva a cabo mediante proyectos de blanqueamiento social y relaciones interpersonales señoriales heredadas de

una cultura colonial europeizante y hegemónica. La muerte de Dolores significa para Marín “la tragedia de la mujer criolla a mediados del siglo XIX” (Marín, 2012, p. 262), por la relación directa que la novela tiene con el sacrificio del valor impuesto a la mujer para esa época (la belleza, la blancura y la fecundidad); pero más allá del símbolo de la tragedia de la mujer decimonónica, Dolores encarna la tragedia de una de las perspectivas del sueño hegemónico de la élite y la construcción (incipiente) del sujeto crítico en la nación. La muerte del personaje comienza en su cuerpo, su exclusión como vimos parece ser la representación ficcional de su desvinculación con el proyecto nacionalista de su época debido a la pérdida del rol de su cuerpo social. Todo mientras el confinamiento resuelve en otorgar la voz política del autor implícito. La lepra excluye tanto como la intelectualidad. El cuerpo se deteriora acabando con el papel social del personaje en tanto mujer, y la intelectualidad otorga una voz que nadie escucha en el espacio narrado debido a su aislamiento. En ese sentido, la muerte de Dolores representa la muerte del sistema heredado (aunque esto vaya en contravía de las ideas del sujeto de la enunciación sobre quién debe hacerse cargo de los destinos de la nación) por la descomposición del mismo en relación a los cambios dados durante los gobiernos de las décadas de 1850 a 1870 y a su vez la muerte de una perspectiva política e ideológica planteada por un grupo social que se rehusaba a cambiar pero que inevitablemente se dirige a una transformación resultante de la pobreza, las guerras, el clima. Finalmente, la muerte de Dolores se constituye en la representación poética de la inoperancia de este sistema ideológico, aunque la pregunta queda abierta: ¿Es debido a la pérdida de la relevancia de un grupo social o a la actividad intelectual? Solo se puede decir que en apariencia, las pretensiones de libertad, igualdad e intelectualidad universales, también son igualmente ingenuas y quiméricas, pero que no son compartidas en la representación del mundo ficcional de *Dolores*. La muerte continúa con la crisis de la reificación de Dolores al refugiarse en la educación y ejercer su libertad subjetiva en el exilio, lo que la libera del sistema atomizador de sus cualidades subjetivas, no desde el punto de vista económico (como sabe el lector, Dolores viene de una familia adinerada) sino en su subordinación por ser mujer. Su rompimiento con el rol ocupado tradicionalmente y su volcamiento a los estudios por causa de su enfermedad, dan a entender, para efectos de este análisis que Dolores logra subvertir el control sobre ella por parte del sistema, y a pesar de saber que morirá, independizarse y a construir una imagen de sí misma como útil para sí, como responsable de sí (Cf. Marín, 2012, p. 263).

Es así como ambas perspectivas ideológicas representadas tanto en *Manuela* como en *Dolores* dan cuenta de las pretensiones de un sector hegemónico que finalmente van a ver sus destinos fracasar y tendrán su punto más crítico en la promulgación de la Constitución de Rionegro en 1863. Veintitrés años después, irrumpirán de nuevo los ideales de dicho sector hegemónico, pero pese a los intentos de reconstrucción mediante la Regeneración y la Constitución de 1886, encabezada por el alguna vez liberal Rafael Núñez y el ultraconservador Miguel Antonio Caro, no podrán impedir los efectos y exigencias propios del ordenamiento mundial neoliberal en la propuesta ideológica nacional, como lo relata Jaime Jaramillo Uribe:

Si hubiera que ubicar la actitud política de Núñez en alguna de las corrientes típicas del pensamiento moderno, tendríamos que decir de él que fue un representante del neoliberalismo, es decir, de aquella corriente de ideas de la segunda mitad del siglo XIX que pretendió incorporar a la vida política algunos de los resultados concretos obtenidos por el liberalismo en sus luchas contra las reformas ilimitadas del poder, pero que rechazaba sus bases metafísicas, especialmente el armonismo y todo postulado que pudiese conducir a conclusiones adversas a la existencia del Estado (Jaramillo, 1964, pp. 289-290).

De manera tal que tanto la propuesta nacionalista de los liberales gólgotas representada en *Manuela*, así como la segunda perspectiva de corte más conservador frente a la pertenencia de ciertos grupos sociales a la clase dirigente manifestada en *Dolores* son visiones fracasadas de la propuesta ideológica hegemónica en Colombia durante el periodo comprendido entre 1850 a 1870. Ambas perspectivas verán su final y el levantamiento de una transformación en el sistema político, económico y social dirigido como lo mencionaba Jaramillo Uribe en la cita anterior, hacia un nuevo sistema ideológico y nacionalista que si bien tomaba elementos del liberalismo moderado tendrá otras causas e implicaciones en su transmisión a lo largo del territorio colombiano y que por supuesto deja varias preguntas en el aire como pueden ser: ¿Qué papel desempeñó la literatura durante este periodo? ¿Cuáles cambios son una consecuencia directa del fracaso de estas dos perspectivas observadas durante este ensayo? Y ¿Mantuvo Colombia esa tendencia a fracasar en su proyecto político a lo largo del siglo XX y en lo corrido del XXI? La duda es el alimento de la investigación, y la institución literaria actual debería acudir a tratar de resolver en alguna medida lo que sin duda ha sido una de las herramientas más importantes en la difusión de los mecanismos

de poder y la representación estética de los paradigmas ideológicos, sociales, económicos y políticos de las naciones, en particular, de esta llamada Colombia.

Conclusiones

En la pretensión de responder preguntas fundamentales como identificar la esencia y las características formales elementales en la construcción de una nación que se puede considerar propia, se abren un abrumador número de cuestionamientos que conducen a múltiples aseveraciones y conclusiones. Para los efectos de este trabajo, las respuestas encontradas, como en casi cualquier otro ensayo que pueda gozar de cierta rigurosidad académica, generarán más preguntas que las inicialmente planteadas. A pesar de encontrarse con este laberinto de cuestionamientos finales, es cierto que se han dado ciertas luces sobre la óptica ideológica y algunas causas desde la perspectiva política y económica en la conformación de la nación colombiana, y la revelación de las estructuras sociales que fueron las protagonistas en la concepción de la misma. En consecuencia, se infiere que las motivaciones nacionalistas que siguieron inmediatamente a la independencia de la corona española fueron impulsadas por un sector muy restringido de la sociedad neogranadina decimonónica. Efectivamente, *la nación* como concepto se funda en la voluntad individual y consciente que ejercen los miembros de un territorio por asociarse con respecto a elementos constitutivos, más no definitorios, como lo son: la lengua, la historia común y, sobre todo, el ejercicio de la libertad a través de la vinculación consciente a una determinada nación. Ahora bien, esta condición vinculante a la nación parece exigirle a los sujetos desde una perspectiva político-económica ciertas condiciones como un nivel de alfabetización ajustado a la idea hegemónica propuesta por la sociedad criolla ilustrada, que mantenía el poder después del proceso independentista. El problema de la alfabetización orienta el análisis hacia otras dificultades simultáneas que actuaban en los individuos como ejes fragmentarios de la consciencia, lo cual impedía la toma de una decisión consciente en relación con la apropiación de esa voluntad individual para vincularse en un territorio como una nación y, consecuentemente, se empieza a advertir una fragmentación desde la postura ideológica propuesta por una élite que habitaba los centros urbanos principales del territorio y buscaba una centralización del poder y una libertad de mercado que se contraponía con la realidad de una sociedad mayoritariamente rural, imposibilitada para comunicarse eficientemente y con altos niveles de analfabetismo, lo que en términos de la

fundación nacional se puede traducir en la construcción ideológica de dos naciones: la urbana y la rural.

De manera análoga, la propuesta de nación que dicha élite pretendía imponer en el territorio colombiano encontraría resonancia en la literatura de la época, para tal caso *Manuela* y *Dolores* fueron vehículos para que dicha proposición nacionalista tuviera eco y encontrara una fórmula estética para dispersarse a lo largo del público lector del siglo XIX. En el espacio de lo narrado, personajes como Demóstenes o los hacendados en *Manuela* y por su parte Pedro o Dolores en *Dolores* serán la representación literaria de la visión liberal promulgada por aquel entonces y pretendida como la visión paradigmática dentro de la cosmovisión hegemónica del poder colombiano. De cualquier forma, es importante señalar que, tanto en el espacio de lo narrado, como en la experiencia histórica, se ha comprobado que tal visión ideológica fracasó en su implementación por motivos que exceden a la mera estructura ideológica. El liberalismo que la facción hegemónica buscaba distaba diametralmente de las condiciones necesarias y de la composición del tejido social que por ese entonces existía en Colombia. Durante el periodo de 1850 a 1870 se vivieron procesos de reestructuraciones constitucionales y cambios en el poder. La pugna entre conservadores y liberales fue la antesala para conflictos civiles que marcaron el territorio durante casi toda la segunda mitad del siglo XIX en Colombia. Dichos antecedentes parecen tener su germen en las diferencias ideológicas tanto de conservadores como de liberales, pero tales diferencias son evidentes en comparación con las condiciones de vida y las realidades circunstanciales del pueblo neogranadino. Estas pugnas por el poder revelan el fracaso de la implementación liberal, entre otras cosas, por las condiciones económicas y el claro antagonismo entre un modelo económico protocapitalista que iba de la mano con la apertura económica que promovía el liberalismo versus las relaciones de poder evidenciadas en el trato interpersonal que ejercían los dueños de las tierras a sus “trabajadores”, la cual mantenía una condición casi feudal en el reparto de la riqueza y de la tierra.

Esta diferencia entre el modelo económico guiado hacia un protocapitalismo donde exista el valor de cambio, en contraste con una economía basada en la extracción de materias primas, creó un conflicto en la reproducción y difusión tanto de la ideología como del nuevo sistema económico pretendido. Si a estas problemáticas se sumaron las difíciles condiciones del terreno, el alejamiento entre zonas pobladas y el poco desarrollo de infraestructuras el efecto fue que tanto los modos de vida como la experiencia de la vida económica del país se fragmentaran en micronichos donde el

poder era ostentado por un puñado de personas que poseían la tierra, manteniendo posiciones señoriales en el trato y el pago a los trabajadores de dichos territorios. Por esta razón es poco acertado hablar de un sistema reificado en Colombia durante el siglo XIX. No obstante, aunque el país no estuviera bajo el paradigma del capitalismo, si es posible observar condiciones operativas iniciales de un sistema protocapitalista. El *favor* como concepto pone en crisis todo el sistema económico poscolonial, pues diluye la frontera de la relación entre amo/señor y patrón/proletario que se ve con mayor claridad en Europa o Estados Unidos; territorios en pleno desarrollo industrial donde el cambio del modelo es mucho más evidente. Latinoamérica y más puntualmente, Colombia, experimentó esta transformación por otros medios. El *favor* fue uno de ellos. La condición de hombre libre dependiente del beneplácito del dueño de tierras desdibujó la condición esclava colonial al recibir un pago en tierra y dinero, pero a su vez mantuvo la dinámica en las interacciones de manera tal que el poder siguiera siendo ejercido por el dueño de tierras.

Ante este panorama, las dos obras literarias representan la fractura del modelo político, ideológico y económico de la nación colombiana del siglo XIX. La intención premeditada y consciente (aunque ingenua) de la hegemonía colombiana para unificar bajo un solo manto europeizante a todo el territorio chocó espectacularmente ante la realidad de los modos de vida del resto del pueblo. Por este motivo *Manuela* y *Dolores* son una representación realista de las condiciones de *mundaneidad* inherentes a la escritura de las obras. Desde una perspectiva materialista, ambas novelas permiten inferir que los personajes de la sociedad decimonónica colombiana están reificados, es decir, fragmentados en su condición subjetiva como individuos. Primero, por las razones esbozadas en el primer capítulo de este texto: el analfabetismo y la precarización de la vida imposibilitan al sujeto para ejercer la toma de decisión consciente sobre la vinculación voluntaria a la nación. Del mismo modo, desde la perspectiva de las estructuras del sentir, el espacio narrado de las novelas sugieren al lector que dicha imposibilidad de los sujetos está mediada además por una fragmentación condicionada desde la economía; con la aparición del *favor* y la imposición pretendida de un modelo protocapitalista, que se contraponía a la experiencia de lo vivido en ese periodo y que correspondía más a un trato señorial casi feudal en casi todos los aspectos de lo económico, político y social. El sujeto colombiano del campo en el siglo XIX no concibe el mundo desde la perspectiva promulgada por un Demóstenes o una Dolores, más bien, consideran ingenuos o desconectados de la realidad aquellas representaciones estéticas del ideario liberal, protocapitalista y urbano.

Respecto a la interpretación estética de ambas obras, se toman como consideraciones válidas las posturas propuestas por la profesora Rodríguez, donde se sostiene que el carácter estético de *Manuela* y *Dolores* parecen corresponder apropiadamente a una representación realista del mundo imaginado en ambas novelas. No solo en su constitución costumbrista, sino a pesar de ello. Este texto ha optado por no limitar el análisis estético de las obras a lo evidente de los elementos pertenecientes al cuadro de costumbre, y en cambio, apoya la inserción de ambos relatos como imágenes alegóricas de la realidad y las estructuras ocultas que pretendían mantener el estatus quo, aunque también, desde un punto de vista interpretativo, ese realismo buscaba encontrar un punto de equilibrio entre lo narrado y la realidad circunstancial.

Finalmente, esta fragmentación de los sujetos sugiere que tanto la concepción ideológica de la nación y la representación de los modos de vida descritos en el escenario de la enunciación de ambas obras está fragmentada en dos: la visión política, social, económica y estética de la urbe versus el campo. Aunque permite esbozar las transformaciones y la tendencia del cambio hacia la que se dirige la nación en ese periodo y que finalizará con la promulgación de la constitución de Rionegro de 1863. Periodos convulsos que llevarán a guerras civiles y al derrumbamiento del modelo del liberal radical demócristiano, en mayor medida, a manos del antes partidario Rafael Núñez. *Manuela* y *Dolores* pueden ser apreciadas como un testimonio que, desde la literatura, posibilitan el contraste de las condiciones en las instituciones fijas, tales como la historia, la economía y la política, revelando fenómenos que a través de la experiencia vivida del presente se transforman en manifestaciones causales del comportamiento fragmentado de un país que, aún en nuestros días, parece ser incapaz de unificar ideologías, modos de vida y manifiesta la permanente sombra de un conflicto alrededor del poder asumido desde una posición centralista y hegemónica. Lo que resta, y a lo que pretende contribuir este trabajo, es evidenciar cuáles comportamientos fueron germen de dicha fragmentación entre el campo y la ciudad, cuáles se mantiene, y, por supuesto, sembrar la duda sobre cuáles y de qué manera han cambiado, representados a través del arte y la Literatura.

Bibliografía

Acosta de Samper, Soledad. *Dolores*. 1867. [En línea] Publicado en la Biblioteca Virtual Universal.

Recuperado de <https://biblioteca.org.ar/libros/130522.pdf>

- Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 1993.
- Bolívar, Simón. *Co-Herencia*. Discurso pronunciado por Simón Bolívar ante el Congreso de Venezuela en Angostura, 15 de febrero de 1819. Vo.16 N° 31, pp. 397-424.
- Constitución política para la confederación granadina de 1858, 22 de mayo de 1858, Colombia. 2019.
- Chatterjee, Partha. *La invención de la nación, lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas. Manantial: Buenos Aires, 2000.
- Díaz Castro, Eugenio. *Manuela*. Círculo de lectores. Bogotá. 1985.
- Fernández Bravo, Álvaro. *La invención de la nación, lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial: Buenos Aires, 2000.
- Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. Alianza editorial. Madrid, 2001.
- Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica: Barcelona. 1990
- Jaramillo Uribe, Jaime. *Pensamiento Colombiano en el siglo XIX*. Temis. Bogotá. 1964.
- Laverde Ospina, Alfredo. *Tradición literaria colombiana. Dos tendencias. Una lectura de Isaacs, Silva, García Márquez y Mutis*. Medellín. Universidad de Antioquia. 2008.
- Lukács, Georg. *Historia y conciencia de clase*. La Habana. Editorial de ciencias sociales. 1970.
- Luna Durán, David. *Literatura y Sociedad: en Manuela de Eugenio Díaz Castro*. Bogotá. 2011.
- Marín Colorado, Paula Andrea. *Lingüística y Literatura*. Soledad Acosta de Samper y Luis Segundo de Silvestre: retórica de la “limpieza de sangre” y procesos de subjetivación en el campo de la novela colombiana de la segunda mitad del siglo XIX. N° 61. Pp. 255-276. 2012
- Melo, Jorge Orlando. *Manual de historia de Colombia*. La evolución económica de Colombia 1830-1900. 1979
- Melo, Jorge Orlando. *Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899). Nación y nacionalismo en América Latina* / ed. Jorge Enrique González. – Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de estudios Sociales (CES): Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2007.
- Rama, Ángel. *La ciudad Letrada*. Montevideo, Arca. 1998.
- Renan, Ernest en Fernández Bravo, Álvaro. *La invención de la nación, lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. ¿Qué es la nación? p. 53-65. Manantial: Buenos Aires. 2000.

- Rodríguez Arenas, Flor María. *Eugenio Díaz Castro: Realismo y Socialismo en Manuela Novela Bogotana*. Doral, Stockcero. 2011.
- Rodríguez Arenas, Flor María. *Lingüística y Literatura*. El Realismo de Medio Siglo en Manuela (1858) de Eugenio Díaz Castro: Revisiones de la historia y la crítica literarias colombianas. N° 59. Pp. 21-46. 2011.
- Rodríguez Arenas, Flor María. *Estudios de Literatura Colombiana*. El realismo de medio siglo en la literatura decimonónica colombiana: José María Samper y Soledad Acosta de Samper. N° 14, enero-junio. 2004
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Colombia, Siglo veintiuno editores. 1984.
- Rodríguez, Mario René. *Literatura: teoría, historia, crítica*. La dialéctica entre centro y periferia, entre forma literaria y proceso social. Vol. 16. N°1, enero-junio. Pp. 247-255. 2014.
- Said, Edward. “El mundo, el texto y el crítico”, *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona: Bolsilibro, pp. 49-77, 2008
- Serrano Orjuela, Eduardo. *Enunciación*. Voces textuales y discursivas en Dolores, de Soledad Acosta de Samper. N°14, N° 2. Julio-diciembre Pp. 108-121. 2009
- Schwarz, Roberto. *MERIDIONAL Revista chilena de Estudios Latinoamericanos* 3. Octubre. Las ideas fuera de lugar. Chile. 2014.
- Shumway, Nicolas. *Revista Iberoamericana*. La nación hispanoamericana como proyecto racional y nostalgia mitológica: algunos ejemplos de la poesía. Vol. LXIII, Núm. 178-179, Enero-Junio. Pittsburgh. 1997.
- Vergara y Vergara, José María. *El señor Eugenio Díaz*. 1858.
- Villanueva, Darío. *El Realismo intencional*. En <https://diezynuevefilos.files.wordpress.com/2009/03/dario-villanueva-realismo-intencional.pdf>. 1990.
- Williams, Raymond. *Marxismo y Literatura*. España. Ediciones Península. 2000.